

MEDIO SIGLO

de JOSE DE JESUS MARTINEZ



ediciones 9 de Enero

5m

MEDIO SIGLO
de José de Jesús Martínez

José de Jesús Martínez

MEDIO SIGLO
de José de Jesús Martínez

Panamá, Panamá, 1979

Primera Edición, 1979

**Reservados todos los derechos
Hecho el depósito de Ley**

**Copyright © 1979 por J. de J. Martínez, Panamá,
Impreso en San José, Costa Rica.**

A LISI

Diez años ha, me cago en Dios, que te
amo
cada vez con más odio, cada día
con un nuevo rencor, y todavía
te busco, te buyo, te maldigo y llamo.

Putra madre, mamita, como lamo
la espada de tu ausencia, larga y fría,
y cómo me odian, mama, el alma mía
y el cuerpo en el que a diario me encaramo.

Se me ha podrido el corazón de tanto
quererte, odiarte, verte y de no verte,
y tanta pena, Lisi, tanto llanto.

Diez años ya, carajo, de quererte,
comiendo mierda, soledad y espanto,
mierda con mierda, coño, hasta la muerte.

EN EL NOMBRE DE TODOS
(1976)

CARNAC (Menhires del Paleolítico)

Fui yo quien empujó estas piedras,
fui yo quien las trajo de lejos, con un gran esfuerzo
pero también con una voluntad joven y recia, cocida
al calor del fuego lento en las cavernas
después de la humillación de haber huído del trueno y de la
fiera
en aquellas largas noches de invierno sin comida.

¡Qué día aquel! ¡Y qué bien que lo recuerdo!
Porque ese día descubrimos, o inventamos, por lo menos la
mitad del mundo que aún subsiste y palpita.
Por ejemplo, ese día nos dimos cuenta,
(¿entiendes bien esto? : *nos* dimos cuenta),
de que las piedras pesaban mucho,
de que había que empujarlas, transportarlas, levantarlas entre
todos,
trabajar en equipo, y no como hasta entonces que hacíamos un
hacha, una flecha o una pintura rupestre
en la soledad silenciosa y en cuclillas de uno solo.
Creo que sin saberlo estábamos sembrando al compañero
en lo más individual e íntimo que hay dentro de nosotros.
Ahí aprendimos a querernos y a necesitarnos,
a sernos el uno al otro
y a hacernos entre todos a cada uno de nosotros.

Unidos para el trabajo grande, para la piedra pesada,
resultamos también unidos para el miedo y el peligro colectivos,
y entonces nació el grito, la señal de alarma,

y luego el gesto, luego la palabra,
(¿oíste eso? : ¡la palabra!),
y luego el silencio, como cuando tú y yo callamos,
y luego la sonrisa, y entonces el amor,
y luego el cigarillo sentados en la cama,
y la pregunta tiernísima de: ¿quieres agua? ,
o de: ¿quieres que te prepare alguna cosa de comer?

Unidos para el trabajo grande, para la piedra pesada,
resultamos también unidos para el miedo y el peligro colectivos,
y entonces nació el rito, la plegaria, la súplica en común y el
primer gemido unísono de un canto gregoriano,
y en la otra punta, entonces, una nebulosa
que poco a poco iría tomando la forma y el perfil de Dios.
Te olvidas de que lo amasamos juntos y de que lo horneamos en
el mismo miedo.

¡Pero qué día aquel, qué día del comienzo!
Nosotros, los hombres,
alineábamos las piedras, una detrás de la otra...
Esa, un poco a la derecha. No tanto. Así. Ahora está alineada.
De manera
que ese día se estrenaba lo más insólito, lo más original, lo más
preñado de esfuerzo y de inteligencia:
¡una línea recta!

Después fue la rueda, la máquina, la física nuclear,
pero antes, lo más difícil, la distancia más corta entre dos
puntos,
el axioma primero,
el trazo que no vacila,
la primera decisión.
Nosotros, los hombres, en uno de los días más geniales que
jamás hemos tenido,
alineábamos las piedras. Primero una,
luego otra,
después otra.
Esta en el medio.

La otra más allá. Cada piedra en su puesto, en fila, en orden.
Estábamos
descubriendo el primer ejemplo de *orden*. Hacíamos
la primera cosa ordenada y en consecuencia
la primera cosa bella: ¡Una línea recta!

Descubrir otras formas de ordenar el mundo
nos resultó más natural: Primero el arco,
después la caza...
Primero come mi hijo, después come mi mujer, yo soy tercero,
que es mucho más que tres.
Y poco a poco el universo fue ordenándose, moviéndose con
leyes,
¡la música de Kepler! , ¡la historia! , ¡tu cumpleaños!

Como si descubrir al prójimo fuese poco,
como si fuese poco descubrir el orden,
no sólo las pusimos estas piedras entre todos,
no solamente entre todos las pusimos alineadas,
sino que entre todos las pusimos alineadas
¡y orientadas! ,
con una dirección, apuntando, ¡señalando!
La majestuosa piedra, la enorme y majestuosa piedra,
humildemente se calzaba el oficio de ser signo,
de no pedir atención para sí, de desviarte la mirada
al sol o a aquello que en definitiva señalaban y que yo ya no
recuerdo
porque eso no es lo importante. Lo importante es que ese día
descubrimos que las cosas pueden ser *medios*,
instrumentos de trabajo, puentes, palabras,
como el humo a lo lejos o el aullido de los lobos que anuncian
un invierno frío.
A partir de entonces, y gracias a nuestro esfuerzo,
las cosas significan algo, y hay señales que apuntan, indicios,
¡hay sentido! ,
y en consecuencia forma de comprender.

Tú dices, eso es fácil, y me señalas con el dedo un gato.
Ah, chiquilla irresponsable, si supieras...,
si pudieras acordarte del enorme esfuerzo que ha costado
desatender el sonido con el que dices “gato”,
desatender la mano que lo señala.
Si todavía me cuesta un poco, aunque seguramente
eso se deba al hecho de que eres tan hermosa.
Pero en aquellos días nosotros
vivíamos asediados por la naturaleza.
La bestia saltaba desde cualquier matorral,
había un arma asesina en cada mano, nosotros
no podíamos no ver las cosas para verlas como signos.
No podíamos, y pudimos.
Era un riesgo, y apostamos.
Tú dices, se ganó poco,
y lo que se ha ganado es que tú puedas pensarlo y decirlo.

Vendrá el invierno, tendremos hijos,
vendrá la primavera, moriremos,
y volveremos a nacer cogidos de otros cuerpos.
Pero ahora estamos, otra vez, en Carnac, caminando entre las
pedras
lentamente, fumando, tomando fotografías,
pasándonos revista, haciendo el inventario, preparando
nuestra cuenta final, el balance, la herencia que nos dejamos
y que otro día vendremos a recoger nuevamente.

VIRGINIA

—Róbate unos centavos. Te compras una cinta...

—Cinco reales, la libra de tomates.

--Le dices a tu patrona que ha subido el precio del tomate.

—Virginia, ¿cómo estás?

Te veo pálida, delgada.

—Te compras una cinta para el pelo...

—¿Ya lavaste la ropa? ¿El piso, lo trapeaste?

--Te estás poniendo vieja, ya no sirves.

—Mamá, soy yo. Me estoy ahogando.

—Mejor abortas.

Mi esposa me armaría un bochinche del carajo.

Te botaría del trabajo, yo sé lo que te digo.

—En nombre de mis muertos...

--Cinco reales, la libra de tomates.

—Te ves muy linda, así, con esa cinta.

—En nombre de mis muertos,

de mis soldados muertos en combate
por la patria y el rey,
señora, un rinconcito debajo de su alma.
Nadie lo va a notar.

—Nadie lo va a saber, abre las piernas.

— ¡El vaso de agua!

— ¡La ropa!

— ¡La cocina!

— ¡Señora, en nombre de mis muertos!

— Fuimos esclavos en el Alto Egipto...

— Atravesé los mares...

— Señora, un rinconcito...

Virginia, en ti se hospeda a un precio módico la vida
como si fueras un hotel barato. En tí,
Virginia,
porque tú no sospechas
ni preguntas lugar de procedencia, edad, destino...
Y porque cobras poco: que no se acabe el mundo
o que por lo menos no llueva los domingos.

— Señora, un rinconcito...

En ti la vida se acurruca. Con tus labios
se bebe un vaso de agua, con tus ojos
mira jugar los niños que abortaste, con tus manos
toca las cosas, las comprueba...

Nabucodonosor se ha puesto una cinta en tu pelo,
César y Shakespeare, Cristo, Napoleón, se han puesto
una cinta en tu pelo.

En verdad, cuán bella eres.

—Atravesé los mares...

—Morí de sed en el desierto...

—¿Ya lavaste la ropa? ¿El piso, lo trapeaste?

—Me fusilaron una madrugada...

A ti conducen todos los caminos,
y el más largo de todos, recorrido
por huestes de romanos, por hititas, por tanques, por camellos...,
donde pasaron gestos, batallas, solemnes
discursos, construcciones de pirámides,
llega hasta tí, termina en tu cocina,
y allí, a tus pies, descansa como un perro.

—¿De dónde sacaste plata para comprar la cinta?
¿Cuánto te ha costado la libra de tomates?
¿Qué has hecho con el vuelto? , ven, declara...

Cristo en tus manos, en tus ojos el sueño de Bolívar,
en ti el final de cuentas, en tu silencio
el rumor de batallas olvidadas
y declaraciones tiernas de amor y juramentos.

—Atrevesé los mares...

—Yo descubrí la pólvora...

—Yo no pude nacer...

Tú, el resultado de la larga suma,
el teorema demostrado por los siglos,
la conclusión final de tanta historia
y la premisa mayor para el futuro.

—Apúrate, Virginia, el sol se pone.

La historia ya no apuesta países,
ya no juega generales, te mueve a tí,
contigo pone en jaque al Rey de Roma
y te manda adelante y te respalda.

—Mamá, soy yo, no llores, no me duele.

Y acomodas la cultura, los valores, los inventos,
como ollas, vasos, cosas que después de todo sí que sirven.

Vas a ensuciar de grasa las ideas platónicas,
terminará oliendo a cocina y a pan horneado
la metafísica de Aristóteles.

—Estás llorando, ¿qué te pasa?
Te he preguntado sólo qué hiciste con el vuelto,
de dónde has sacado plata para comprar la cinta que llevas en el
pelo.

Y que a pesar de todo
es en ti donde encontraron acomodo
los solemnes sucesos del pasado.
Es en ti donde encontraron su sentido,
su forma natural de sentarse,
de estarse cómodo, de fumarse un cigarrillo...

—La patrona no tiene que saberlo.
Está en el bingo, está en el cine, está con sus amigas...

—Virginia, ¿tú fumando?
¡Habrase visto!

La metafísica, Virginia, la matemática, la épica de Homero,
se están fumando el cigarrillo que te fumas,
ven contigo tu película de domingo a las tres
cuando te da permiso la patrona.

¿Qué vamos a hacer con tu patrona?

— ¡Virginia, esa mancha que tienes en la pierna...!

—La ropa, la comida...

—Virginia, te llaman por teléfono.

—Señora, dígale a sus muertos que queremos armarlos.
¿Cuántos tiene? ¿Todos los muertos, suyos?

—Señora, dígale a la vida que queremos armarla.
Despiértela si duerme, eso no importa.

—Virginia, puta, ¿tú de comunista?
¡Malagradecida, perra...!

—Virginia, ¿tú gritando
con tantas voces, en tantas lenguas extranjeras...?

—¿Tú, en Viet Nam, Virginia,
cargando un niño muerto y un fusil...?

—Con el Ché en el Perú, y en Nicaragua
con Marcos y Sandino.

—Y ahora en Alabama, Virginia negra,
rompiendo las vitrinas, corriendo por las calles...

—En todas partes, tú, armada, bella, brava...

Con esta ficha humilde se gana la partida.
Con este miércoles anónimo se corona la historia.
Con esta metralleta se mata al último enemigo.
Con esta escoba se inicia la limpieza.
Con esta voz comienzan las canciones.
Con esta mujer se va a poblar el mundo.

AMANECE SIN TI...

Amanece sin ti.

Esto no tiene ya remedio ni perdóname
ni ¿cómo estás? , ni tanto tiempo ya sin verte,
si ya ni siquiera tiene háblenme de ella, ¿con quién anda?

Hoy amanece a tientas, tropezándose,
tropezándome conmigo, porque este es mi cuerpo, lo supongo,
y qué más da, yo me lo encajo encima,
sin a través de ti, sin tu el café está listo, está sabroso,
qué bello estás, ¿por qué no te pones la camisa nueva?

No hay ni ponte calcetines limpios para hoy
que tanto amaba sin saberlo.
Y tú que dizque te amo
y para qué decirlo si lo sabes,
amaneciendo ahora en otro día
sin seguramente ¿dónde estará José?,
¿habrá desayunado?

CON SOLO TU NOMBRE...

Con sólo tu nombre y un poco de silencio
podría construir un lenguaje completo;
todos los verbos, todas las palabras, todos los poemas,
todo el silencio, toda la música, todos los ruidos del mar.

Para decir que llueve, tu nombre tres veces.
Una sola vez, para decir que sí;
dos veces para decir que no;
la mitad de tu nombre para decir, estoy perdido;
y para nombrar la noche
tu nombre tantas veces como estrellas,
y luego un gran silencio para nombrarte a ti.

Con cualquier cosa que diga no hablo sino de ti,
no digo sino tu nombre.
Cada vez que respiro, cuando río, cuando fumo,
no hago más que decir tu nombre de otro modo,
y sobre todo cuando callo, cuando guardo silencio,
ese silencio te llama, te señala y te acusa.
No hablo sino de ti cuando hablo de las cosas,
y cuando digo: estoy contento;
cuando digo: buenos días;
cuando digo: quiero carne,
quiero vino, quiero pan;
y sobre todo cuando digo: hoy no quiero comer.

Ahora ya lo sabes, no se trata de amor,
no se trata de eso que se llama amor,

porque ahora ya sabes cómo es que se llama.
Se llama como tú
y su nombre es tu nombre repetido,
mi lenguaje completo como una sola palabra larga,
tan larga como una vida,
y seguida de un gran silencio que también te nombrará.

PORQUE TU ERES MUJER...

Porque tú eres mujer
todas las mujeres son bellas,
las jóvenes, las viejas,
las ciervas, las leonas, las gaviotas,
la rosa, la lluvia, la cuchara,
las putas y la Reina.

Porque tú trabajas y tienes un salario
y miras las vitrinas y te gusta la música,
debemos hacer la revolución.
Después podremos salir a cenar
y después ir a algún teatro, quizás.
Pero antes, la justicia, la belleza, tus zapatos.

Ya todo está claro.
Por hacer sólo nos queda el mundo, el amor y la alegría.
Pero tú eres el punto de partida hacia el mundo
y tú, la meta final de la alegría
y la cocina íntima del amor.

Todo está claro y todo es hermoso.
Tú me lo has explicado todo y me lo has embellecido.
Tus ojos son el mejor argumento del espíritu
y tu cuerpo la razón más convincente de la materia.

SI TU FUERAS...

Si tú fueras una puta
te llevaría a tomar una sopa caliente todas las mañanas;
te dejaría la mejor parte del venado
si fueras una leona;
te daría mi colección de piedras
si fueras una niña;
mi tridente, si fueras Afrodita;
mi bastón blanco, mi fusil, mi salario,
el centro de la cama, toda la almohada,
mi último cigarrillo, mis últimas palabras,
todas las mujeres que he amado, todos los teoremas,
los sonetos de Quevedo, la Creación del mundo,
el idioma español, América y Grecia.

Tú dirás que todo esto no son más que palabras.
Y es verdad, son palabras. Pero también las palabras pueden ser
poderosas.
Cuánta fuerza y alegría en tu nombre, por ejemplo,
o en la palabra “rosa”, por ejemplo.
No huele como la rosa,
pero qué largo y duro balbuceo, cuánto fracaso y prehistoria ha
sido necesario
para que la palabra “rosa” pueda florecer en los labios de un
hombre.
La amo mucho más que a la rosa
y también te la doy.

EL BIG BUSINESS

—Amame más.

—¿Es así que comienza?

No puedo.

—Es así que comienza.

—Es verdad, no puede.

La vida se la han dado con cuentagotas. Cuenta...

Con una mano, un pie, con eso basta.

—Aquel vivió 60, aquel otro 37, el otro 5...

—42, 20

71, 8, 5 meses...

—Es mi primera vez que estoy así, desnuda,
con un hombre.

Te amo a borbotones, rebasándome,
como si me hubieras dado una pedrada en el alma.

—Amame más.

No puedo.

—Y el amor se lo han dado con cuentagotas.
Aquella un año...

—10 la otra, la otra 5, 1 mes, 1 día...,
15 años, media hora...

—Es mi primera vez. No sé qué hacer.

—Ya estás sobregirado, para.

Una noche en un hotel, una tarde, un viaje...

— ¡Para, te digo! ¡Para! Ya estás sobregirado.

—Nos han cercado. Hasta aquí llega la piel.

Mi alma llegó hasta aquí.

—Se elimina ese renglón. No te amo más.

—Cancelado.

—Cancelado.

—Todo te lo dan medido, justo...

—Para que no te propases...

—Para que no se te suba a la cabeza....

Para que no me escape.

—Para que sepas administrar la vida...

—Cuadriculándola...

—Tú, ¿qué vendes?

—Calculándola, pesándola...

—Tú, ¿qué compras?

Recordándote, pasándote inventario...

Para que no se escape.

–Ordenándote, archivándote la vida...

–Repensándola, invirtiéndola...

–Ahorrándola...

Para que no se gaste.

–Haz negocio con ella, inviértela...

–Véndela, cámbiala...

–Aprovecha tu tiempo...

–Que te rinda.

Aprovecha los libros.

–Aprovéchate de ella.

Consíguete un trabajo.

–Muérete a plazos...

–Eres pobre. Todo está justificado.

–Todo está permitido. Promete lo que quieras.

–Gira sin fondo.

–Me empeñaste tu palabra.

–Vende, alquila, compra a crédito...

–Baratillo en la iglesia...

–Sé bueno, caritativo, tierno.

Invierte en la virtud.

–Dios paga el 10 %

–Te han dado poco para que lo inviertas...

–Para que no derroches...

–Para que aprendas a ahorrar...

–Para que yo te lo guarde...

–Firma el contrato, el documento, el acta de nacimiento...

–Yo creo en ti, pero es mejor que firmes.

—El arriendo del alma, el alquiler del cuerpo...
—La cuenta del plomero, el diezmo de los hijos...

—Ya, vete a la calle, nace...

—¿Se la envuelvo, la vida, o se la lleva puesta?

Me la envuelve, por favor. Estoy ahorrando.

—Para cuando te enamores...

—Para cuando seas viejo...

Para un día en que no tenga que ir al trabajo.

—Te lo cambio. Te lo cambio.

—Te cambio el cuerpo por el alma.

¿Cuánto vale? No lo quiero.

— ¡No la quiere! ¡Es una ganga!

Un niño juega allá en la hierba...

—Un hijo. ¡Vale tanto!

—Señora, es lo mejor en anticonceptivos,
pero además y por el mismo precio,
este frasquito de estoy muy bien,
de qué bonita es la vida, qué agradable,
y en tres sabores diferentes...

—Yo no me doy a mis amigos. Yo me ahorro.

—Yo no gasto corriente, yo la ahorro.

Yo no gasto alegría, yo la ahorro.
Tampoco gasto mi tristeza, yo la ahorro.

- Para cuando llueva.
- Para cuando me enamore.

Para cuando se muera mi mujer.

- ¿Cuánto vale? ¿Cuánto vale?

–Aquí las penas, penas dulces,
maduritas, frescas...

- Se vende, se compra, se cambia...

Eso, ¿qué significa?

- ¿Cuánto vale?
- ¿De qué sirve?

¿Qué sentido tiene?

–No vale la pena.
No importa, no exporta,
no hace negocios.

- Time is money.

4 % 5 % .

–La seguridad, antes que todo, la seguridad.

- Mañana va a llover.
- Mañana estarás viejo.
- No te gastes, no sufras, no vivas, no pises la hierba...
- No pienses, no vayas, no digas nada...
- No mires, no tomes, no fumes, da cáncer...
- No ames a la mujer del prójimo...
- Trabaja y ahorra...
- Y ahorra y ahorra...

- Las ganas, el sueldo, la vida...
- El semen, el tiempo, trabaja y ahorra.

—¿Su diploma?

—¿Su permiso?

¿Eres virgen?

- ¿Dónde está tu plata?
- ¿Cuánto vale? ¿Cuánto duele?
- ¡Cuánto te amo! ¡Vale tanto!

Pero, ¿a cambio de qué?

- Los valores, el valor...
- El precio, el medio, el instrumento...
- Los valores supremos, el big business...

Te compré la casa, los muebles,
los domingos en el parque,
la salida del miércoles...
Ahora paga, tramposa...

—Es mi primera vez...

—Señora, en anticonceptivos,
pero además, y por el mismo precio...

—No me ha venido la menstruación.

Un hijo. ¡Vale tanto!

- Te lo compro. Te lo vendo...
- Te lo alquilo. Te lo cambio...

—Las lágrimas que me costaste, hijo...

—Señor, en tres sabores diferentes...

Cóbrale al hijo, te lo debe.

—Rinde cuentas, 10 % .

—Las noches que pasé a tu lado
cuando estabas enfermo
y que ya no recuerdas, porque eres un ingrato...

¡Paga, que yo te crié!

—La ganancia, la pérdida...

El buen negocio, el kiosko...

— ¡Lotes! ¡Lotes en el cementerio!

—¿Para qué sirve? ¿Qué sentido tiene?

¿Cómo se usa?

—¿Dónde lo venden?

—En la otra ventanilla, abajo,
pero despacio, por favor, es mi primera vez...

—Esa camisa vale 3 con 5.

—Esa amistad vale 2 con 3.

—Te alquilo el cuerpo, te lo vendo...
Con tres sabores diferentes. Cheap.

Un inventario, por favor.

—¿Tienes certificado?

— ¡Un hijo!

Me multiplico, me divido...

—No pises la hierba.

Me sumo al partido.

—No pienses, no vayas...

Me resto, me quito, me ahorro, me sumo...

—Cáncer. Se elimina ese renglón.

—Te dije que no fumaras.

—Que te cuidaras mucho, te lo dijimos siempre.

—Al final de cuentas, 3.

—7, quizás, 8.

Un inventario, por favor.

—Salda cuentas.

—Salda cuentas.

—Tú te has muerto.

No te hagas el que no lo sabías.

No te hagas el pendejo.

—No pongas esa cara de sorpresa.

—Se te acabó la vida.

—Se te acabó el amor.

—Se te acabó la mercadería.

—Se te ha declarado en quiebra.

—Cancelado.

—Cancelado.

Yo ahorré en el banco del cielo.

--Los curas se lo robaron todo.

Me vendieron el puente de Brooklyn.

--Los curas se lo robaron todo.

El casero me timó.

--Los comerciantes se lo robaron todo.

Me hicieron trampa en la subasta.

--Los comerciantes se lo robaron todo.

¡Mi ganancia...! ¡Mi ganancia...!

--Cóbrale a Dios.

--Que Dios se lo pague.

--¿Cuánto vale?

--3 con 2.

--Que le den un laúd, un camión
y que cante en latín. ¿Qué otra cosa esperabas?
¿Que te tomaran en serio?

--En un huequito cabe entero.

--Al final de cuentas, cero.

¿Y los besos que ahorré?

--Los gatos se los comieron
en el callejón en donde los dejaste.

--En el callejón aquel en donde me dejaste.

--En el miércoles aquel donde no fuiste.

—La tarde aquella, en la oficina,
cuanto te asomaste a la ventana
y me viste pasar...

—Cóbrale el 10 %
—Dice que no tiene plata.

—Que rinda cuentas, dile.
—Dice que no tiene hijos.

—Que se identifique.
—Dice que se lo robaron.

Mujer, no tengo nada.

—La vida que ahorrabas en el cajón del sótano
se te ha agusanado ahora, ¿para qué la quieres?

Mi madre tiene la culpa.

—Cristo tiene la culpa.
—Mi hermano tiene la culpa.

La próxima vez que nazca yo no voy al mercado.

—La próxima vez que nazca me lo chupo todo en una
noche.

En un parque, en un beso, en una sola culeada.

—Yo mejor me lo gasto.
—Yo mejor lo regalo.
—Por un libro, una tarde...
—Por un beso, por un hijo...

Por una sola culeada.

—Se elimina ese renglón.

La próxima vez que nazca...

—Se elimina ese renglón.

...me doy, me entrego...

—Se elimina ese renglón.

—Siembra la vida y cosecharás gusanos.

Yo mejor me la como.

—Yo mejor me la harto,
me la zampo, me la bebo de un trago.

—Se te dijo, muchacho.

—Yo te lo dije. Yo te lo decía.

La próxima vez que nazca...

—Se elimina ese renglón.

—Se elimina ese renglón.

La próxima vez que nazca...

—Cancelado.

—Cancelado.

Pero la próx...

—Cancelado.

—Cancelado.

¡Pero la próxima vez...!

—Cancelado.

—Cancelado.

—Cancelado.

—Que pase el siguiente.

ONE WAY
(1967)

TOMO ASIENTO EN LA TIERRA

—One way. Alto. Luz verde, sigue,
dobla a la derecha. Cásate.
Ama a tus hijos, poncha
el reloj de la oficina. Stop, piensa
que eres polvo y al polvo
regresarás. Ahora sigue,
dobla a la izquierda, ahí, acuéstate.
De esa mujer no te enamores. Toma Coca-Cola. Por allí no hay
salida.
Más despacio, 50 millas...
Entonces hazte a un lado. Apaga el motor y muérete.
Entonces, recto. Sigue la flecha. Lloro.
Cuidado, curva peligrosa.
Sacude a esa mujer antes de usarla.
Veneno.
Tilt. Salida de emergencia.
Hombres. Men. Hale la cadena.
María es una puta.

Mano, manita del letrero
con tu dedito señalando,
puñito amputado, bien vestido,
eres tú, tú mismo, tú
y no la puerta del excusado.

—¿Qué dice? ¿Qué dice este señor?
¿Qué dice?

Niño jugando, hijo,
eres tú, tú mismo, tú
y no el hombre que serás
ni el padre que yo soy,
la protección, la obligación,
la institución, la tradición,
tú mismo, tú...

—Está loco, no sabe lo que dice.

Tú misma, tú, flechita de la calle...
Todos ustedes, letreros, signos
de curvas, de valores occidentales de cultura, de excusados;
indicadores, síntomas,
dirigiendo la vida como guardias de tránsito,
flechas que señalan flechas que señalan flechas que señalan
flechas que nadie sabe qué señalan...
Es a ustedes, siervas, que yo vengo, yo no voy.
Quítense el frac, las letras, las palabras,
tomemos vino, cuéntenme algún chiste.
No quiero siervos para mí, no quiero signos.
Yo no quiero salir, yo vivo aquí, yo soy de aquí.
Quiero cosas, objetos...
Quiero ser compañero de la piedra, del perro, de la mujer, del
hijo, del carro, de las moscas, de las enfermedades, de
los letreros amarillos que clavan a los bordes de la
carretera...

—Para este señor las cosas no significan nada...

Que sólo las palabras sean siervas.

—Nos falta el respeto. No significamos nada para él.

—Yo soy doctor. Yo tengo título.

—Yo represento a mi familia.

--Yo represento al pueblo.

- Yo a Dios.
- Y yo el honor.
- Mi mujer representa...
- Mis hijos representan...
- Mi emblema representa...
- Mi perro representa...
- Mi firma representa...
- Tú, en cambio, nada, no representas nada.

No significas nada.

Eres un cero a la izquierda.

Justamente, no significo nada. No soy letrado.

No soy dedo, no dirijo el tránsito.

¿Pero alguien ha visto alguna vez lo lindo que es el color rojo, quiero decir, el color rojo, el mismo color rojo, y no la sangre que significa? ¿Alguien se ha comido un pan, quiero decir, un pan? ¿Ha visto un perro? ¿Es que alguien ha visto algo, cualquier cosa? ¿Siquiera un bello vaso de agua, sin asociarlo a la sed que aplaca? ¿Ha visto un hijo, una mujer?

—¿Pero tú no vez lo que el matrimonio significa?

Justamente, no. No veo lo que el matrimonio significa, es el matrimonio lo que veo.

—Para este señor las cosas no significan nada ni tiene su vida sentido en consecuencia.

—Está desorientado, se ha perdido en el mundo, su vida no tiene sentido.

No estoy perdido. Es que yo vivo aquí.

Yo no quiero salir,
no quiero norte, dirección, señales,
yo no quiero sentido. Yo vivo aquí.

Yo quiero cosas, compañeros,
yo quiero una mujer,
quiero cobrar el premio que me saqué naciendo.

—Es un bandido, un inmoral, un cínico...

¿Porque no huyo? ¿Porque no espero a Godot?
¿Porque amo las cosas y les pido
que no se sacrifiquen?
¿Porque por unos pocos instantes
voy a vivir aquí siempre, para toda la eternidad?

—Déjenlo ya, está loco. Vámonos.
Nos deja el tren, la chiva,
nos deja el tiempo, la mujer, nos botan del trabajo.
Es un bandido, mírenlo,
¡ahora se ha sentado!

ME RETIRO DEL JUEGO

En una playa remota la marea sube.
Allí me busca el mar.

—Así no es. Así no es.

Una mujer que no conozco se suicida arrojándose a mi
alma.

—Así tampoco. Así tampoco.

Llego a mi pensamiento cuando una última piedra termina
de rodar desde lo alto.

—Lo estás dañando todo. Mejor no digas nada.

¿Qué hago con el cadáver de esta mujer desnuda ahogada
en mi corazón?

—¿Literatura ahora? ¡Tú estás loco!

¿Qué te pasa? ¿No te has dado cuenta?

Te están llegando a pedir,

quieren pasar por ti, suceder en ti, que los embarques en tu vida,
quieren irse en tu vida, exilarse

de cualquier modo y a cualquier parte,
están huyendo,

quieren morir de contrabando. Es para eso
que ha venido a ti esa mujer de que hablas.

Para eso te ama y te besa y se te tira al corazón,
está escapando...

Mi corazón es una rata que agoniza en el fondo de la noche.

—Bien. De acuerdo.

Lejos, truenan las guerras. Aún más lejos, los planetas
giran.

—Y eso qué importa. Sigue.

Junto a la rata que agoniza llegan
los desperdicios del tiempo, las sobras de la vida...

—Llega la vida entera, los planetas, el sol, llega Dios mismo.

Mi corazón es un desagüe de aguas sucias, una puerta
secreta de escape, un puerto, un tren que sale a cada
instante.

—Pon las voces, las voces...

—Por favor, ¿tiene usted un fósforo?

—Treinta pesos. Corto el agua.

—Mi marido no me quiere,
me pega cuando está borracho.

—¿Cómo se llama usted?

—El precio de la carne..., los zapatos...,
los libros del chiquillo...

—No has entendido nada. Lee de nuevo.

—A las cinco, en la esquina. Que no nos vean, por favor.

—Dios te ama, hijo, ábrele tu corazón.

—¿Ya comiste, José?

—No has entendido nada. Lee de nuevo.

—A mí, a mí, a mí me debes.

—Ven que te zurza la camisa.

—¿Tienes frío?
—Te falta una. ¡Tienes que ponerla!
—Papá, me duele la cabeza.

Mi corazón es un barco de emigrantes que despido por las
tardes
y que en las noches pita hundiéndose en la niebla.

—Tu corazón es una cloaca de aguas sucias.

Perdí la mujer que amaba.
Mis hijos se hicieron hombres.
Todo se hundió en la niebla.

—Todo se fue en la cloaca.

Les tiro el alma, la mano, la memoria
para que se agarren de ella y no se hundan
y se me anega el alma, se me va la mano,
se me hunde y se me olvida la memoria.

—Eso te pasa por quererlos, coge.
Por servirles de muerte y aceptarlos,
por hacer de tu vida un puente, por dejar
que te sucedan y te pasen cosas.

Mi vida es un túnel de escape...

—Tu vida es una cañería de aguas sucias,
tu corazón, un excusado.

Es un túnel, un tubo, una flauta que de noche me suena...

—Te halan la cadena.

Es un pito
de policía, una sirena de ambulancia...

—Es una cloaca tragando.

Se fue la mujer que amaba.
Crecieron todos mis hijos.
Perdí objetos, ideas,
perdí mi infancia, mocedad,
y aun el recuerdo de ellos
y aun la pena de perderlos.

—¿Cómo se llama usted?

Eso a usted no le importa, niña.

—Dale un beso y hala la cadena.

—Mi marido no me quiere.

Vete a morir a otra cama.
En este excusado no.

—¿Ya comiste, José?

—Acuéstate con ella y hala la cadena.

He comido, mordido, sorbido, lamido,
y todo se me hizo mierda
y ya no quiero más. Perdona.

—Cuando tú te mueras halarán la cadena.

—Me pega cuando está borracho.

Perdón. Ya no asisto a la muerte.

—Vente conmigo a la feria.

—Vente conmigo a la tienda.

—Vamos a hacer dinero.

—Vamos al cine, a querernos,
a tener hijos, a invertir el alma, a ser famosos,
al futuro, corre, vente...

Gracias, no. De todos modos, gracias.
No voy a ningún lado, ni en consecuencia puedo transportar a
nadie.
Supongo que el tractor viene, que Dios..., en fin, lo supongo
todo. Pero gracias, no. Voy a quedarme aquí.
Voy a sentarme aquí. Me retiro del juego.

—Perdone usted, señor. Perdone, señorita.
El servicio está dañado.
El caballero no va a ninguna parte.
Ya lo ha dicho: No funciona.
Por allí no hay salida, está cerrado.
En cambio, allá, mire usted...,
la iglesia, el hospital,
el partido político,
la universidad, el matrimonio,
la cultura, señor. la ciencia, los deportes,
el amor clandestino, los valores supremos...,
en todas partes hay pasajes,
de todas partes salen barcos, días,
sueños, trenes, empresas...,
siga usted la flecha, la costumbre,
el caminito, el manual de ética,
el libro de instrucciones, los consejos,
y ya verá que llega. Quiero decir, que llega.
A este caballero es inútil que le hable. No le entiende.
Ni aun con señas, señora.
Pase usted la página.
Siga usted su camino, que le vaya bien.

SEÑALO LAS RUTAS

—Sigan la flecha, el signo.
Todos en orden, en fila,
trépense al día.
No hay razón para el pánico.
Vamos a abandonar esta ciudad,
esa mujer, ese trabajo,
ese cuerpo, esa edad, esa costumbre,
la geometría euclideana.
El barco se hunde.
No hay razón para el pánico.
Sigan la flecha, el signo.
El barco se hunde.
No hay razón para el pánico.
Sigan la flecha, el signo.
El barco se hunde.
No hay razón para el pánico.

—Por aquí come. Aquí se compra una casa.
—Aquí te sientas, admiras.
—Aquí te mueres, te acurrucas.
—Aquí no dices nada.
—Aquí protestas, aquí te indignas.
—Aquí bostezas, duermes aquí.
—Por aquí se va a París, al cementerio,
al matrimonio, al puesto de gerente.
—Por aquí se va a la tienda de la esquina.
—Por aquí se va al cielo.

- Por aquí se lava uno los dientes.
- Por aquí se cree en Dios.
- Por aquí se ama. Aquí se toma Coca-Cola.
- Aquí se saca una licencia.
- Aquí se escribe un poema, por aquí...

Estas son las rutas.

Estas son las rutas a las rutas.

Estas son las rutas a las rutas a las rutas.

Estas son las rutas a las rutas a la mierda.

REHUSO ENTENDER

- A cambio de esa cosa que estás mirando, te damos esto que la cosa representa.
- Este proceso vegetal, científico, esta clorofila, mucha química, a cambio de ese árbol frondoso que estás mirando.
- Y a cambio de esa química, aquí te damos mucha matemática.
- Esta causa de esa cosa, a cambio de esa cosa.
- Este efecto de esa cosa, a cambio de esa cosa.
- Significados, a cambio de esos signos.
- Significados, a cambio de esos significados.
- Y a cambio de esa causa aquí te damos la causa de la causa.
- Y aquí, a cambio de ese efecto, aquí te damos...
- Y aquí, a cambio de eso...
- Y a cambio de eso, aquí...
- A cambio de eso...
- A cambio de eso...
- A cambio de eso...

No. Déjenme el árbol. Para mí quiero esta cosa que yo estoy mirando. Señores, es lo único que tengo.

- Si no la cambias por la causa, no la vas a entender.
- Si no la cambias por el proceso químico...

- Por las glándulas endocrinas...
- Por la matemática...
- No la vas a entender. No la vas a entender.

Es que yo no quiero entender las cosas. Yo no entiendo nada.

Yo rehusó entender.

Yo quiero cosas nada más, mirarlas.

Quiero una silla para sentarme en ella.

Quiero decir, me siento en ella, y esto no tiene ningún significado.

Yo no entiendo por qué sale el sol todos los días.

Lo acepto.

Yo no entiendo de dónde me viene este deseo

y este temor, esta alegría,

ni entiendo para qué ni para nada.

Sencillamente, acepto. Yo no entiendo. Yo rehusó entender.

¿Es que alguien ha visto alguna vez un vaso de agua, así, sin entenderlo?

¿Alguien se ha sentado en una silla alguna vez?

¿Alguien ha aceptado un hijo, una mujer, la bella matemática?

¿Ha aceptado un oficio, una tarde, una vida,

porque sí, para que bueno,

y por absolutamente ninguna otra razón?

—Esos son signos, señor.

Señor, yo no puedo sentarme en un signo, yo no puedo acostarme en un signo con un signo y ser padre de un signo.

—Todo eso es muy significativo.

—Tu vida es muy significativa.

—Tu poema es muy significativo.

Usted, señor, usted lo cambia.
Esto es esto y nada más. No tiene
ningún significado. Quiero decir, no tiene
ningún significado.

—Eso también es muy significativo.

—Muy significativo.

—Te quedaste sin la matemática.

No, puesto que no la he cambiado.

—Te quedaste sin este bello significado.

No, puesto que no lo he cambiado.

Mira, estoy rodeado de luces que se encienden.

—Son letreros.

Son luces que se encienden.

Mira, estoy rodeado de cosas, azules, verdes,
manchas, en todas partes manchas vivas, cosas.

—Se te van a podrir.

No, porque este instante tampoco es signo para mí,
signo de sí mismo sólo, en todo caso, y no taxi,
no puente a otro tiempo, es este instante y nada más,
eternidad en este instante, a cada rato soy eterno
y lo seré mientras viva, aunque eso dure poco.
Aunque eso dure poco, aunque eso dure poco.
Aunque dure poquísimo, no importa.

DENUNCIO LA TRAMPA

—Der Tod is gross.

—¿Qué significa? ¿Que significa?

—Full of sound and fury.

—¿Qué significa? ¿Qué significa?

—Mujer. Una mujer.

—¿Qué significa? ¿Qué significa una mujer?

—Un hijo. Un vaso de agua.

—¿Qué significa un vaso de agua? ¿Qué significa un hijo?
¿Qué significa?

—Alto. Stop. C'est comme ca la vie. Veneno.

—¿Qué significa? ¿Qué significa?

—Entonces, recto. Mi marido no me quiere.

—¿Qué significa? ¿Qué significa eso?

Montaña, rosa, amor,
vida, muerte, agua, un pan,

el color rojo, el color pálido, la estrella de la tarde,
un amigo, un día, un oficio, un nombre, un poema...

– ¿Qué significa? ¿Qué significa? ¿Qué significa?

Lector del mundo y de estos versos,
de tu mujer, tus hijos,
entendiéndolo todo, orientándote,
desperdiéndote, yéndote
a toda prisa, en pánico,
encaramándote en todo cuanto viaja,
en taxi, en días, en negocios, en amores, en recuerdos,
en objetos rápidamente pudriéndose...,
piensas que Dios escribió el mundo,
y además, en clave. Tú, infeliz,
quieres descifrar a tu mujer, descifrar el vaso de agua que te
bebes,
descifrar el hijo, el paisaje que miras, la muerte que te espera.
Estás traduciendo el mundo,
interpretas la vida diccionarito en mano,
culturita en mano,
costumbrita en mano,
como si el mundo fuese un país extranjero,
como si la vida fuese una lengua extraña.

¿Eres marciano, ángel, eres perro, eres turista?
¿Eres extranjero en el mundo, la vida, en tu casa, tu cuerpo?
¿Te hospedas en tu alma? ¿Te has montado en ti como en un
taxi?
¿De qué incendio huyes? ¿Te persiguen? ¿Se hunde el
mundo?
¿Qué van a darte en la muerte? ¿Qué le pasa a todo
que hasta el mismo letrero huye por el sitio que señala?

Montaña, rosa, amor,
un pan, el color rojo,
una mujer, un hijo, un vaso de agua...

¿A cambio de esto y esto, a cambio de esto,
sólido, real, azul, cuarenta y cinco,
pides imágenes, humo, direcciones...?

¿Y a eso, a masturbarte al lado de la mujer que amas
pensando en lo que la mujer que amas significa,
a eso, a tener sed al lado de la fuente,
a eso le llamas vivir, amar,
a eso le llamas comerse un pan,
beberse un vaso de agua?

Signos, no cosas, para ti.
Y entre tú y las cosas de humo que persigues,
signos, no cosas, ni siquiera de humo: cartas,
intermediarios, representantes, cónsules,
a quienes les has conferido el derecho de que por medio de ellos
te vivan la vida desde lejos
por poder,
de que te casen
por poder,
de que te mueras, te sustenten, te emocionen,
por poder, por poder.

Mira, esos anuncios que se encienden y apagan
te hacen señales, te transmiten un mensaje...
Atiende, es importante,
descifra, lee, traduce... Y, mientras tanto,
pobre infeliz, ingénuo, se beben tu agua,
se comen tu pan, violan a la mujer que amas,
se instalan en tu mundo y en tu vida,
te sorben, te explotan, te remiten
a otro mundo de humo y lejanía.

Te han encendido las señales, mira...

las noticias del diario, el jefe,
el hogar, la silla, la tristeza...

—Semáforo. Semiótica. Semántica.

(Yo voy contigo... Yo voy contigo, espérame)

Esa manera tuya de caminar encorvado.

—Semáforo, semiótica, semántica.

Esa manera tuya de mirarme y de no decirme nada.

—Semáforo, semiótica, semántica.

Esta manera mía de escribirte y de no poder mirarte.

—Semáforo, semiótica, semántica.

Mi callar, mi hablar, mi rabia, mi impotencia,
mi poema de papel, mis dientes apretados...

—Semáforo, semiótica, semántica,
semiótica, semántica, semiótica,
semántica, semáforo, semáforo, semáforo.

AMANECER DE ULISES
(1967)

HOMBRE QUE ESTAS AQUI...

Hombre que estas aquí
todavía,
tú, que piensas y sudas o sospechas,
tú, rodeado de cosas que te miran
y te preguntan y te piden , tú
que no tienes nada que decirles
y les quitas la mirada, disimulas,
preguntas qué hora es, te vas a un cine
y a la hora de acostarte, de pronto,
sabes que hay algo o alguien,
o ninguno, da lo mismo,
que te ha sorprendido in fraganti
siendo.

Hombre tontillo que te crees genial
y que levantas números, conceptos,
que inventas cosas grandes y que luego...,
luego, tú, hermanito, hermanón,
te bajas los calzones, piensas detrás de ti por un momento
para ver si hay alguien que te ha estado viendo,
y no hay nada ni nadie, y sin embargo alguien
acaba de salir, encuentras
frescas pisadas en tu conciencia.
Nada de esto te gusta. En todo esto
hay algo que no está bien. Pero te acuestas.

También el sueño está cerrado.
Todas las puertas se han cerrado. Las golpeas,
como a aquella mujer. ¿Recuerdas?
Sí que recuerdas. La besabas
duro, la apretabas duro...,
alguien lloraba detrás de ella,
alguien lloraba detrás de tí, los dos se amaban,
querían romper los cuerpos..., eran ciegos
por tu cuerpo y el de ella separados.

Oyes que hablan de ti
detrás de los libros que lees, detrás de tu propio pensamiento.
Oyes que te llaman, que tu corazón le ladra
a algo que tú no ves, que tus huesos te sudan
a un calor que no sientes, que te pides algo
y no sabes qué es. Lo pruebas todo y no es eso.
Te levantas, y no es eso.
Fumas, te paseas, y no es eso.
Orinas, y no es eso...
Te estás llorando, te das rabia,
te acuestas otra vez, te mandas al carajo
y te volteas, dándote la espalda, resentido.

No es miedo lo que tienes de morirte.
Lo que te da es vergüenza.
¡Qué van a decir los astros, los marcianos,
la gente, los vecinos,
y Dios, qué va a decir!
¡Pero, hombre chiquillo, necio, te imaginas
tú, vestido de muerto, que es como decir de un frac
cinco veces tu medida!

Date vuelta en la cama, busca.

Hermanón, hermanito, tú que sudas de noche
y te sientes, te auscultas, te masticas y rumias
y te mueres
a ti mismo y a solas
como un chicle ya viejo, sin sabor,
sin pena y sin gloria,
sencillamente triste, sencillamente tonto, de costumbre...,
¡qué vergüenza de ser, de tener que morirnos,
qué vergüenza, hermanito,
hermanón!

POEMAS A MI
(1966)

CARTA A ALFONSO
(Panamá, 19 de Abril, 1965)

Alfonso:

Están tocando un blues. Hay un arbusto,
un perro, un carro y sobre todo el blues
que llega y no se va. Y eso es todo cuanto hay.
Alfonso, eso es todo cuanto hay. Alfonso, ya no hay más.

Ahora que te ha dado por cazar palabras,
por cogerlas al vuelo, por morderlas, abrirlas
y ver qué llevan dentro, la pepita,
la trampa, la miseria, el contrabando
de tanta pendejada que nos meten...

Ahora nada, ¿me oyes?

¡Haló, haló, Alfonso; ¿existes? ¿Estás ahí? !

¡Ahora nada, el carro, el perro
y ni siquiera yo, ni tú, ni nadie!

Espar, en estas condiciones,
(En estas condiciones. ¡Me da risa!),
en estas condiciones nos vamos a morir.
Toda una señora muerte con pompa rococó,
con música de fondo, con San Pedro viendo
y el Papa arrodillado vestido de diamantes,
en tanto que tú y yo, y el negro aquél
y la gente sencilla, nos morimos,
quiero decir, no somos,
es decir, nos entierran, nos liquidan
y nos traga la tierra para siempre.
Reconócelo, viejo, es de mal gusto,

cosas de nuevo Dios,
de Presidente o de Ministro
centroamericano.

Así no juego.
De verdad, no juego.

A todo esto, hay un cuchillo azul,
hay una sierpe azul que se desliza
por la hierba húmeda del alma.
Hay una música que crece como pelo
y una tristeza honda, una ventana
por donde Gödel se asomó,
y otros también, y me lo cuentan todo,
y yo también me asomo y me da vértigo.

Vivir es lindo. De verdad. A mí me gusta.
Mentira. No me gusta. Está feísimo.
Mentira, está buenísimo.

Pero nos tratan como waiters. Alfonso, eres un waiter.
Tú, haciendo morisquetas, gestos, muecas,
ifumando en pipa, Alfonso! ,
dizque viviendo y cosa
y todo dizque en serio, dizque en broma,
y de pronto, ipum! , te mueres,
y entonces, ¿sabes lo que pasa?
Que te dan la propina, una muerte grande
llena de cal y de silencio
y que por lo visto no termina, dura y dura
y no terminas nunca de estar muerto
mientras el resto de la gente va a la playa
y se bañan al sol y tú ya no.

Pero la culpa es tuya. Te lo han tomado en serio.
¿Acaso no te acuerdas de cuando hablabas de la esencia,
de presión hidrostática, de la fenomenología,

de tanto flinting metafísico y taurino?
Cuánto perro ladrando en tu poesía
olfateándonos el alma, acorralándonos
la pena —que no el tigre—, el conejillo,
la penilla de estar, de tener que morirnos,
el culillo, el miedazo, el no saber...
Y tú ladrando, Alfonso. ¿No te da vergüenza?

Porque, realmente, Alfonso, aunque te dé vergüenza,
reconócelo, viejo,
lo que tú y yo y la gente merecemos...,
quiero decir, lo justo, lo congruente
con esta vida y esas cosas sencillas que nos pasan,
no es morirse así, para siempre,
quiero decir..., tú sabes, tan en serio.
Lo que nos merecemos,
lo justo, lo científico, lo congruente
con esta vida de mierda que llevamos
es más bien morirnos a la hora nona
para resucitar al tercer día
o no resucitar, irnos al cielo
a ser felices, a comer helados
y cantar con un laúd en camión.
Esto es lo justo, Alfonso. ¡Qué terrible!

Si por lo menos fuésemos culpables,
si tuviéramos algo que llevar a la muerte,
una hambre grande para rellenarla de arena y de silencio,
si necesitáramos, si mereciéramos acabarnos del todo
como un orgasmo con la vida...,
qué elegante sería morir, con cuanta sencillez lo haríamos,
y ese dolor, cuán nuestro.

No queda más remedio que apretarnos
la faja y ser geniales. No queda otro remedio.
O eso, o conformarnos
con marcar el reloj de la oficina

viviendo a crédito y muriendo gratis
y en todo caso hacerse miembro del Partido
Demócrata-cristiano.
O eso, o ser geniales y honrados. Ya no hay otro camino.

Ya no hay otro camino. Ya no hay otro camino.
Sigue escribiendo, Alfonso, a tu poesía
puede caerle un rayo. A mí me gusta
y me sirve y me enseña y es verdad.
Dale duro.
Y no te mueras de propina. Te están viendo.

TOCAN EN MI, GOLPEAN...

Tocan en mí, golpean.
Alguien del otro lado quiere
abrirme en dos como una puerta,
entrar, nacer, pasar,
buscar a una mujer, recoger algo,
huir de Dios, asilarse en el mundo.
Alguien, del otro lado, me sacude
con terror, con prisa y humildad y urgencia.
Quizás un niño muerto perseguido
o un ángel comunista o un pobre diablo,
o un dios indio que nunca pudo aprender latín,
o un dios griego humillado, afeado, perdonado,
o yo mismo quizás, quizás yo mismo, el yo que siempre
sospeché me habían robado y escondido.
Alguien, en todo caso, caído en la desgracia,
con pánico en lo abierto, me golpea,
toca en mi corazón, se agarra de mis huesos,
me sacude,
me llora, me suplica que le abra...

Todo cesa de pronto. De pronto ya no hay nada.
De pronto, estoy tranquilo. Lo han hallado, supongo.
Y en el silencio y en la paz que quedo
sólo se siente un suave viento indiferente,
una pequeña nada fría, sonreída y tonta
y un raro escalofrío que también se va.

AQUI ESTAN LA COSAS...

Aquí están las cosas.
Aquí estamos todos.
La hora llegó puntual;
desde hace siglos venía para acá.
Llegó el viento, atrasado.
Aquí estamos todos.
Esperando. A mí quizás.
Esperándome. No llego.
Me impaciento..

Me di una cita aquí conmigo,
en esta hora, aquí, junto a esta mesa
y esos cigarrillos y ese libro
que también esperan.
Me di una cita aquí conmigo
y yo no vine.

Dejo esta nota aquí sobre la mesa
por si vengo después de haberme ido,
por si vengo después de haberme muerto
y ya no esté.

Yo estuve aquí, necesité de mí,
me sentía mal, estaba solo.

TE PILLE

¡Te pillé! ¡Te pillé!

¡Detente, ahora, ahora, en este justo instante!

¡Te he pillado in fraganti! ¡Párate, José!

Dime, ¿qué hacías? Sí, fumabas.

¿En qué pensabas? , dime.

¡No me mientas, te he visto!

¿En qué pensabas, pequeño puerco?

Pues bien, ¿es eso lo que tú defiendes?

¿Y qué más da si te lo quitan?

Y tú, tú, pobre animal, cretino,

¿tú quieres ser inmortal? ¡Qué risa!

Anda, sigue fumando. Era sólo una broma.

Sigue fumando, digo. No tiene importancia.

CARTA AL QUE SERE CUANDO VIEJO

(París, Julio de 1953)

No me comprenderá, señor Martínez.
Quizás ni me recuerde.
Entre nosotros, no una multitud, sino más;
no un océano sin agua, sino más;
nosotros mismos frunciendo el ceño, tercos en la vida, opacos;
más que nosotros mismos: nuestros muertos.
Más de una vida ciega entre nosotros
cuyas ventanas suenan por la noche.
Más de una vida solamente cáscara,
sólo habitada por fantasmas de asombrosas mujeres
que fueron a querernos a la vida
cuando nosotros ya no la habitábamos,
pero donde ellas insistieron en quedarse y llorar
como un coro de vírgenes irreparablemente viudas
y cuyo lamento se oye algunas noches.
Entre nosotros.
Ni esos barcos noruegos de fantasmas
harían la travesía entre nosotros,
ni hay aviones, ni pájaros, ni voces.
Sólo hay ciertos recuerdos que no vuelan
pero caen,
ciertos sueños profundos.
Y aún esto no es seguro.
Porque, ¿está usted seguro de que soy yo quien le habla?
¿Acaso no podría haber alguna interferencia,
líneas mezcladas, confusión de seres?
Quiero que me distinga entre todo lo que ha sido,
entre tanto muerto vulgar e inconforme

que le reclaman sitio a empujones y gritos
a la hora del reposo y del recuerdo,
el labio éste que muerdo y la soberbia con que muero
sin ofrecerle ni pedirle nada a su memoria.
Y que también me señale
y que también me acuse
esta sed de pureza postmortuoria
que considero inútil,
y este dolor
con el que siempre quise escribir poemas
y que también lo considero inútil.

Yo soy aquél que pasa por sus sueños
como un fantasma azul o como un barco que pita en la neblina.
Pero antes
soy esta cosa aquí con mi trascendental
olor a calzoncillo y a alma rancia.
Este que en esta tarde lenta, retrasada,
abandonada por el tiempo,
cuando las nubes son como la mierda de Dios,
miro así por la ventana
tan solamente fumando,
tan solamente viviendo,
tan solamente mirando por la ventana
y acodado en mis ojos tristemente.

Veo la vida mía y me sonrío
y soporto los dientes de mi alma,
y me parece oírle sus pisadas,
señor Martínez,
que vienen lentas, seguras, como topos
minándome la fuerza, el poderío
con el que logro mantenerme vivo
a puro pulso, así, mordiéndome los labios,
como batiendo un record con cada instante nuevo.
Y oigo sus pisadas, lo repito,
por los suburbios de mi vida,

y su bastón, lo oigo,
y me apresto a desanclar mi corazón del mundo,
a hurtarme de mis cosas engañándolas,
quitándoles mis dedos de uno en uno,
y a escribir estas líneas que tanto significan para mí.

Porque los muertos somos indefensos
en las manos cochinas de los vivos
no puedo sino defenderme de esta forma
diciendo: éste soy yo, y aquel otro
nada tiene que ver con mi persona.
Porque, ¡oh, Dios mío! , yo veo algunos viejos cuando dicen:
“Allá, en mis tiempos, cuando yo eran joven...”
Y las prostitutas hablan de niñas inocentes que un día fueron,
¡y se las muestran a sus clientes!
¡Y luego ríen!
Así se reirá usted de mí,
señor Martínez,
porque los muertos somos indefensos.
Pero he aquí que moribundo y todo
me acuso de ser yo
y nadie más que yo
y que me manden por ello a los infiernos.

Yo, minúsculo y mortal,
infinitamente, desde aquí hasta aquí,
y eternamente, desde ahora hasta ahora;
yo, el terrible, el manso,
el que lleva una lengua de buey en medio pecho
y en los brazos dos lenguas igualmente
y entre las piernas una lengua dulce
de perro abandonado.
Yo, el que siente sed en todas ellas,
el que quisiera hablar con todas ellas.

Soy ese pobre ser al lado izquierdo de mi vida,
el mezquino, el vanidoso, el que vive
sumiso y al servicio de las pequeñas vanidades

que como bocas pequeñitas me reclaman a diario su alimento
y que yo satisfago atentamente
como un camarero.

Mire usted, por ejemplo, yo esta carta
no la he escrito en París. Estuve ahí...

(¡Fíjese, fíjese cómo quiero dejar constancia de que estuve ahí!)
...unos seis meses, (Mentira, fue sólo mes y medio),
pero como la pienso publicar
me pareció elegante poner París.
Extraño, ¿no es verdad?

Este es el ser que tú debes amar,
perdón, que usted, señor Martínez, debe amar.
Es éste el que se está muriendo,
el que le da vergüenza ir a empeñar,
el que es preciso salvar a toda costa
y el que siente unas ganas dentadas de morirse
o al menos de irse al cine, o reventar.

¿Y es esto lo que usted recordará con complacencia?
¿Es esto lo que usted presumirá?
Esto que nunca puede rezar ni pronunciar la palabra Dios,
porque me esfuerzo, pujo por hacerlo,
y lo único que logro es eructar
llenándoseme el alma y la nariz con el fermento
de ese dolor que ayer tarde comía.

Ciertamente, lo más probable es que usted me olvide.
Pero eso tiene graves consecuencias.
Porque aquél que echa tierra a lo que él mismo fue
le será echada la misma cantidad de olvido
por ése que él será. Esto es así.
Y además, es justo.
Pues, ¿qué derecho tiene al tiempo
o a la inmortalidad
el que a sí mismo se la niega
dejándose olvidado a la vera del camino

para que un pobre lo recoja?

Así he encontrado yo niños llorando,
olvidados por esos que ellos después fueron,
porque esos, los mayores, los adultos, los serios,
estaban ocupados emigrando siempre a toda prisa
y huyendo de la muerte. ¡Oh, gente mala, pobre, miserable!
¿Y son esos pobres...?

Yo pregunto ahora si son esos pobres los que temen la muerte
como algo venidero, los que sudan de noche, los que van a misa,
cuando en realidad ya en ellos están muertos,
y no lo saben, y por eso
están más muertos todavía.

Sucede a veces que estos miserables
cuando, después de mucho tiempo, van al recuerdo a buscarse,
a preguntarse algo o a visitarse simplemente,
ya no se reconocen, y se confunden.

Entonces algunos se corrigen,
se paran en medio de su vida y se convocan
y se pasan revista y se presentan;

algunos otros se suicidan
para hundirse más hondo y encontrarse antes de morirse,
—es un error en el que caen—:

y a algunos —la mayoría— no les importa nada de esto y toman
por sí mismo

al primer niño que encuentran o al que ellos hubieran querido
ser,

porque entre los niños hay algunos que se esconden
y no responden al llamado de la persona ignominiosa que con el
tiempo,

que con la vida se hizo despreciable.

Esto es así. Eso es así. Lo juro.

Yo los conozco, a estos niños. Me los encuentro por las calles
disfrazados de ojos, de complejos, de gestos.

Y me conmueve verlos. Me conmueve.

(También a los otros los conozco, a los mayores,
pero a esos no les hablo. No los quiero).

Ameme usted, señor Martínez, frecuénteme,
no me deje perdido, rescáteme
del recuerdo de esas mujeres por donde me he perdido
y de esas ciudades extranjeras por donde me he perdido
y aun de mis mismos sueños por donde me he perdido.
Es por el propio bien de usted que se lo digo.

Por lo que a mí se refiere
juro por todos los dioses
que no entraré en el reino de los cielos
si no va de mi mano el niño que yo he sido,
y aún ese otro que no conozco más que por referencias de mi
madre,
y de la otra mano usted, y aún esos otros ancianos
que esperaron en vano su turno de nacer.

Señor Martínez,
por esto me señalo,
por esto quiero arder como un faro en las tinieblas
para serle referencia, para guiarle
a la hora de morir, a la hora
de irse al recuerdo del que después de usted vendrá
donde nos reuniremos formalmente y nos veremos cara a cara.
No vaya a confundirse y se vaya a otro recuerdo
entre gente extranjera. Por esto me señalo.

Y también, lo he mencionado ya,
por esta ansia de pureza postmortuoria
y este sabor rabioso de lengua mía contra lengua mía
y de arrepentimiento y de disgusto.
Llámeme usted y llegaré desde debajo de la vida
embarcado en recuerdos, en submarino, en sueños,
a prestarle rigor y poderío
y a redimirme de mi vida gastada inútilmente.
Llegaré picado por remordimientos
como por escorpiones y mosquitos,
y llegaré llorando y decidido.

Abrame usted su frente pensando en primaveras
y en cosas así de tristes y de lejos,
y ya le diré al oído lo que podemos hacer juntos
por este nombre que hemos heredado.

(¡Oh! Ahora de pronto pienso si esos pasos
no son de usted sino que de culebras
que me vienen a comer.
¡Señor Martínez! ¡Señor Martínez, ¿está usted ahí? !
¡¿Me oye? ! ¡¿Es que voy a morirme ya del todo? !
Juro cuidarme de ahora en adelante,
no emborracharme más, fumar menos,
para que este cuerpo siga en pie
y darle a usted el chance de nacer.

Perdón por no haberle podido dejar
un cuerpo más saludable y una profesión más lucrativa.
Perdón también por lo que ayer tarde dije a mi novia.
Le dije que no la quería ver ya más,
que me dejara solo y que cogiera
sus dos maletas de mi alma y que se fuera.
Compréndame usted, señor Martínez.
No quería dejársela a que usted la baboscara
con su desdentado corazón.
Pero ahora
iré corriendo otra vez a ella
a pedirle perdón y a suplicarle
que se quede conmigo a esperarlo,
porque ella ha comprendido.
Incluso creo que lo ama más que a mí.
Algunas veces se confunde y me llama su “viejito”.
Debajo de mi alma, a la derecha,
le dejo un poco de ternura ahorrada
para que se la ofrezca como suya.
Cúideme usted a esa mujer, señor Martínez,
y, por favor, mis libros, también cúidemelos.

QUE LEJANA QUE ESTAS...

¡Qué lejana que estás, aquí, conmigo!
Te veo desde mis ojos como un preso.
No. Los ojos me dicen que te ven,
me conversan de ti como si fuese un ciego.

Lejos de ti, a solas y a tu lado,
les visto a mis palabras, les encargo
que le digan a tu oído
que te diga que dicen que yo digo
que vivo amándote, esperando
verte asomada, tú también presa, a tus ojos.

Mando mi cuerpo al tuyo a que lo goce
y el pensamiento entonces
en un rincón oscuro
y más solo que nunca, se masturba.

Mi cuerpo y yo te amamos.
El cerca, yo de lejos.
Y desde allá, en la lejanía,
y casi, amor, como por teléfono
me habla de ti, oigo tus besos,
de lejos siempre, como dulces piedrecitas
que cayeran al agua de mi alma.

De sueño, amor, de sueño y no de carne te conozco.
Estás conmigo como si estuvieras en el cuarto del vecino.
Vienes, te das a mí
como si te entregaras a un amigo mío.

Odialo tú, que me traiciona.
Vete de mí, que quiero estar contigo
sin compartir con nadie tu presencia
y más solo que nunca, en un rincón oscuro.

Salen barcos y trenes de mi alma.
Detrás de ti suena como un mar rompiéndose
entre las piedras de tu alma.
Y recorriéndote la piel, la vida, en las arenas
me encuentro cosas tuyas: aquí una huella
de la que no veré jamás, allí una prenda de vestir
con tu olor, aún con tu calor. Me pitan trenes en el sueño,
y en la mañana encuentro, alborozado,
barcos que de ti han llegado, cargados
de besos como moluscos y especies olorosas.

Oh, tú, allende el mar.
¿Lo oyes? ¿Lo oyes cómo brama?
Me empuja, me rechaza, me moja las orillas del alma
y te presto mi cuerpo, porque el cuerpo
es el solo alimento del sueño y del recuerdo
y la sola cuchara de la vida.

Lo mismo que nos une nos separa
con altos muros que araños.
Amanezco arañado, amaneces recorrida,
amanecemos náufragos, cansados,
y más solos que nunca. ¿Lo oyes?
¿Lo oyes cómo brama?

Y más extraños.

¡Qué lejos estás, aquí, en mi cama!
¡Cuán imposible, entre mis brazos,
una leyenda casi...! Terminaré alejándome,
yéndome a ti de ti. Terminarás odiándome...

LECCION A JOSE

Desde hace tiempo, desde que me puse
a contemplar mi vida, enternecido,
como si la tuviera en una mesa frente a mí,
todos los días, cuerpo, tengo que ir a un espejo
a cerciorarme de que aún no he muerto,
que no has huído aún de mi maltrato.

Ya no puedo olvidarme de que vives conmigo.
Te llevo, oh cuerpo, puesto como un guante
donde quiera que voy,
y hasta te quieres levantar de donde duermes
para ir conmigo al sueño
con el grave peligro de perderte
entre confusas sombras y recuerdos en pena
y no encontrar más nunca la cama en que dormimos.

Cuerpo grotesco, feo, pero mío,
que cuando estamos juntos, solitarios,
me haces prometer que no amaré
a ninguna mujer que te desprecie;
y te querellas como un niño débil
perseguido por perros y por enfermedades;
y me muestras la herida más reciente
que en la calle te hicieron
para que yo la limpie
con amoroso y maternal cuidado
y te la vende, dulce, y te consuele.

Cuerpo que uso y me vistes y me pides te salve
y te abrazas a mí frente a la muerte,
tú me preguntas qué eres,
que si me iré contigo y que hacia dónde,
que cuál es tu destino aquí a mi lado.
Me da tanto dolor tu desconcierto,
tu corazón hinchado, tus ojos sin apoyo,
que hasta te miento a veces y te digo
mentiras religiosas que invento para ti.

Pero te veo más cerca últimamente,
por consiguiente más crecido
y casi con la edad del alma mía.
Ultimamente, en el entierro de don Pedro,
de pronto comprendiste la verdad y me miraste,
y ya no te resisto desde ese horrible día.
Me agarras con tus manos, me sacudes,
me halas los cabellos, me impides que me duerma,
me obligas a que te hable y te conteste.

Yo te contestaré, cuerpo de mi alma.

Yo también, como tú, preguntaba.
Me dijeron que Dios.
Que tú eras ancla, cuerpo, me dijeron;
que tú, amor mío, eras mi enemigo
y que pequé naciendo. Entonces odié a Dios.

Entonces odié a Dios y me mudé de vida,
me fui al infierno, me escarbé en el alma,
rastreaba, husmeaba desde mí
y me viví hasta el fondo, a grandes tragos.

Por algún tiempo, en el infierno mismo
chupándole los huesitos a la vida,
en los últimos sótanos del mundo,
horrorizado, hundido, en medio de la escena del crimen,

rodeado por la vida miserable,
cerca de la desdicha humeante quise
corregir, conspirar y castigar.

Hoy otra cosa pienso, compañero.
No me interesa ya la muerte
ni me interesa Dios ni la venganza.
Quiero que a ti tampoco te interese
nada sino lo que tus ojos ven
y que me ha conmovido las entrañas;
nada sino la víctima
que la vida derrota, hostiga y odia.

Antes de que te alcancen, oh triste amigo mío,
quiero que te olvides de tus preguntas necias
sobre la fuente de la vida y su desagüe
y sólo te preocupe y te interese
lo que se puede construir con ella.
Y quiero que no quieras recompensa
por las penalidades cotidianas
ni ayuda ni remedio ni consuelo
porque, José, estamos solos, desamparados.

Antes, amor, de que te me mueras,
de que te arranquen de mi lado
y desforren mi alma de tu piel
y nos trague la tierra y el olvido,
quiero, cuerpo, que salgas de mi casa,
sonriendo si es posible, y sin deseos
de vengar mi dolor y tu desgracia;
y quiero que te alivies tu amarga pesadumbre
ayudando al caído y levantándolo,
porque, (escúchalo bien),
el único placer que está a tu alcance
es gozar en el prójimo como yo gozo
dándote mi hembra a ti y hasta sus partes
más íntimas y dulces de su cuerpo.

Es todo lo que hoy tengo que decirte.
Yo no he aprendido más ni sé mejor.
No soy el indicado, el más capaz
para escribir los versos que deseo,
pero una convicción que me he forjado,
una nueva actitud, un nuevo empleo
que quiero darle a mi existencia inútil
me han hecho hablarte así y abrir mis puertas
como si fueran brazos generosos
a ti y al mundo y a la luz y al prójimo.

Quiero que todos entren a mi vida ahora
y desalojen ese sueño oscuro
que se ha paseado siempre por mi vida
y por los corredores de mi frente
como un fantasma en una casa vieja.
Tú no estás solo, cuerpo, en la desgracia,
pero te ofrezco esta esperanza nueva
para que la compartas a mi lado.

Estas líneas, José, las he dictado
en una entrega apasionada, honesta,
a tu obediente mano de labriego
para que así tus ojos perturbados
me puedan ver, y para que tu voz
las lean alto y se las digan a tu oreja
y a todos tus sentidos y a toda mi persona
como en un mítin progresista y nuevo.

Ahora sal a hacerles propaganda.
Ahora, cuerpo de José, bastón de mi alma,
habla por mí a mis amigos,
ama por mí a mi mujer, construye
por mí lo que te he dicho y vive
de acuerdo con el plan que ya te he expuesto.
Yo estaré desde el fondo contemplándote
para morder tu lengua cuando hables mal,

para empujar tu corazón en los momentos duros,
para limpiar el polvo de los recuerdos gratos,
para ayudarte, en fin, en lo que pueda.
No me defraudarás, José, tú significas
la acción, la fuerza, la existencia misma
y el instrumento para mejorarla.

Vete a la calle ahora
que alguien te necesita en todas partes
y debes ir corriendo a socorrerlo
y a redimir a Dios piadosamente.

Así te quiero, oh hijo de mi madre;
oh padre de mis hijos, así te quiero ver;
ésa será tu salvación, la mía,
y la sabiduría alegre que quiero para ti
y para mí, y para todo el mundo que amo.

AMOR NO A TI, CONTIGO
(1965)

NO ES DE TI...

No es de ti que tu amor brota,
de mí viene, en ti resuena
y canta y se multiplica
y a mí otra vez se regresa.
Eco del mío, tu amor
no es más que el mío de vuelta.
Amor mío que me viene,
amor tuyo que me deja.
Contigo me estoy amando,
te usa mi amor y te emplea
para amarme desde ti.
Para besarme, te besa,
te toca para tocarme,
para beberme, te llena,
para verme y abrigarme
te ilumina y te calienta,
de ti se viste y disfraza
del tuyo que se sustenta
del mío que nos confunde
y hasta el cuerpo nos enreda.
Con mi mismo amor me amas,
con mi pasión y mi fuerza,
pero contigo y tu cuerpo
y con toda tu belleza.

HEMOS HUIDO...

Hemos huido del cuerpo,
nos fugamos por los ojos,
por lo alto en los pensamientos
y en los sueños por lo hondo.
Nos hemos abandonado.
Nos quedamos sin nosotros.
Y nos vemos, nos oímos,
te avergüenzas, me abochorno.

¡Mira lo que ha sucedido
por dejar los cuerpos solos!
Míralos cómo se trenzan,
cómo el amor y el insomnio,
sin alma, sin pensamiento,
los revuelca sobre el fondo,
los tortura en carne y hueso
conociéndose a su modo.

Cierras los ojos, te buscas,
cierro los míos, me asomo,
y sabes que estás sin ti,
conmigo, y te ves con otro;
y sé que no estoy conmigo
y sé que si yo te toco
es que mi cuerpo lo dice
y me dan celos sus gozos.

Para vergüenza y escarnio
te digo y te lo reprocho:

Conmigo me has traicionado,
conmigo mas sin mí, como
si fuera yo otra persona
que ni siquiera conozco;
y yo contigo, sin ti,
y eso no me lo perdono.

Mira lo que ha sucedido
por dejar los cuerpos solos,
por negarlos y dejarlos,
amor, lo cogieron todo:
Hipócritas, los negamos,
los traicionamos, miedosos;
bajémonos ya del alma,
vámonos ya con nosotros.

NO HAY OLVIDO...

No hay olvido. No hay perdón.
El pasado permanece
y permanece el delito,
con nosotros viven, crecen,
se alimentan de nosotros
y a nosotros se parecen.
Ni el futuro, libre, nuevo,
llega de culpa inocente,
te llega elegido ya
y es la elección de lo que eres;
no eliges lo que serás
pero a ti sí, libremente.
En cada instante del tiempo,
con el futuro de frente
y el pasado a las espaldas,
no vivimos el presente,
vivimos la vida toda
de un golpe y de un de repente.
Mañana, ayer, todo es hoy.
No nace el tiempo, ni muere.
Amada, lo que tú has sido
se transforma, no se pierde;
amor, lo que yo seré
ya me ha llegado, no viene,
y en nuestro beso instantáneo
la vida nuestra se vierte.
Cuando nos damos un beso

nuestras vidas se estremecen,
se tiñen de punta a punta
y el beso se nos extiende;
abrazo tu historia entera,
completa mi historia tienes.
Queriéndonos hoy, por tanto,
nos queremos desde siempre,
desde antes de conocernos
y hasta después de la muerte.

TE ESCONDES...

Te escondes detrás de ti;
tu vida tiene cortinas;
te me escapas por los túneles,
das vuelta por las esquinas
de tu alma y tu pensamiento
casi como si tú misma
te avergonzaras de ti
o no quisieras ser mía.
Y es abierta, traspasada
y transparente la vida,
como yo quiero quererte
para que mi amor, mi vista,
contemplándote y amándote
con ojos que no te miran
y amor que ya no te sienta
ame el mundo y me lo tiña
con la belleza que tienes
y con tu propia alegría
abierta, como ventana,
como las torres, altísima.

¡MIRAME, AMOR...!

¡Mírame, amor, me he encontrado
entre tus brazos oculto!
Amándote, ha sido amándote,
besándote fue que supo
mi mejor yo y el más hondo
que ahora, por ser ya tuyo,
podía subir, asomarse,
vivir conmigo en el mundo.

Le solicito por dentro,
le llamo y en mí le busco
y es en ti donde lo encuentro
cuando con tu amor le alumbro.
En cambio, si tú le llamas
es a mí que viene, y juntos
vamos los dos a tu lado
porque ambos ya somos uno.

A mí, prestado por ti,
de ti desciendo y me ayudo,
me levanto a mí, me encuentro
y conmigo, en mí me subo.
Y en ti, contigo, te espero,
y a ti, de ti, te pregunto,
y vas naciendo en mis brazos,
y vas llegando en tu pulso.

Nos citamos en nosotros
desde lejos y profundo,
y en nosotros, altos, solos,
nuestro propio encuentro y mutuo.
A ti te encuentras en mí
y a mí en ti me descubro,
llegando en olas los dos,
nuevos, libres y desnudos.

COMO HURGANDOME...

Como hurgándome rescoldos,
sobras que soy, me acaricias,
desabotonas mi alma
y al descorrer sus cortinas
me encuentras recuerdos, cosas
ni aun por mí conocidas.
Y me preguntas por mí,
por quién era y lo que hacía,
y no sé donde buscarme,
qué cosa llamarla mía.

Llegué tarde a mi pasado,
llegué de noche a mi vida,
cuando yo vine ya era
otra persona distinta;
llegué muy tarde a mí mismo
y a mi propia despedida,
de lejos vi que me iba,
de lejos me saludaba,
de lejos me sonreía.

Te quiero a partir de mí
con la existencia mordida,
sólo desde hoy hasta hoy
y con mi persona íntegra.
Hijo de mí, pero huérfano,
padre de mí sin familia,
mi vida, sola de mí,

hoy, después de anohecida,
a oscuras, noche de mí,
hoy, antes de amanecida.

Mañana, cuando vengamos
a reclamarnos el día,
a exigirnos, suplantarnos,
ponernos nuestra alegría,
ya no estaremos aquí
ni seremos todavía.
Llegamos después de ser
a una existencia vacía
y muy temprano a nosotros
a darnos la bienvenida.

A destiempo con nosotros
y a deshora con la vida,
somos un fuimos, seremos,
una mirada, una chispa,
un ser sin estar prerenne,
siempre a solas en la cita,
siempre en cuerpo y alma extraños,
robados, prestados, islas
en medio de un ya-no-ser
y de un no-ser-todavía.

NO HAY SOLEDAD...

No hay soledad más rica
que la que gozo contigo
ni forma de amar el mundo
con más luz y más en tibio
que cuando a tu lado, amando
contigo, no a ti, lo vivo.
Tu alma suave, abierta y clara,
duro mi amor y con filo,
¿cómo no haberte pasado? ,
¿cómo no haberte perdido?

Yo ya no sé ni si existes
ni si estás aquí conmigo,
porque yo ya no te toco,
amada, ya no te miro;
mas cuanto veo en el mundo,
cuanto en él toco y respiro,
tiene el color de tu alma
y el calor del amor mio.
Teñiste de tu alma el mundo
y mi amor te ha trascendido.

Es como si no te amara
pero mi amor fuese el mismo,
como si hubieras ya muerto,
como si hubieras partido,
y el mundo fuera la casa
en donde habías vivido,

y yo oyera en él canciones
brotando desde el olvido,
atravesando silencios
agujereados de ruido.

¡Qué solo, contigo, amada!
¡Qué soledad más contigo!
¡Amor, tú aquí, qué lejana!
¡Amor, qué lejos conmigo!

ESTOY DE PASO...

Estoy de paso por mí,
tiene mi amor prisa, tiene
mi vida el cambio, la lucha
que nunca cambia ni duerme,
que muere si queda quieta
y, cambiando, permanece.

Así te quiero, de prisa,
siempre otro, el mismo, viviente;
te quiero como la vida,
a veces te quiero siempre,
a veces nunca te quiero
y a veces te quiero a veces.

Fiel a este amor inconstante
que conmigo baja y crece,
le dejo que baje y crezca
porque si no se me muere:
le dejo que me apasione
y a veces que te desprecie.

Amada, no somos dioses,
somos más que dioses, seres
que son y dejan de ser,
que van, que luchan, que vienen,
que se apagan en la lucha
y que en la lucha amanecen.

INVITACION AL COITO
(1964)

INVITACION AL COITO

1)

Aún no te amo, mi bien.
Amor, mujer amada, busco...
Miro, pregunto, toco...,
y me ofenden entonces, o se ríen,
se desmoronan, se hacen polvo, mierda, nada,
y no tengo dónde ir,
a mí mismo no me tengo,
a mí mismo no me soy...
Amor, mujer amada, estoy solísimo;
estoy, amor, golpeándome, dándome aldabonazos,
y entonces llegas tú.

2)

Yo no voy a llorar.

3)

Atiende, es importante que nos acostemos juntos.
Dicen que Dios existe. Dicen cosas.
Hablan de deportes, de negocios,
amor, hablan de arte,
y a lo mejor es cierto, a lo mejor
allí podría ser. ¿Entiendes?
Pues bien, se trata de eso. Digo yo, supongo que se trata de eso.
No. No es eso. Por ejemplo, aquí, ahora...,

qué sé yo..., la cama, tú misma, yo,
la vida cotidiana, el cine, el caminar
para ir a comprar una camisa, el no saber...,
todo eso, en fin, puede ser visto,
o no visto, porque eso no lo sé...
Pero no, no ver, tocar más bien,
convencerse, herirse, ¿me comprendes?
Pues bien, el tiempo viene, yo le oigo,
como un río... (Sí, ya sé que se ha dicho
pero no quiero hacer literatura ahora),
el tiempo viene, arrastra, está en peligro
el mundo que hemos visto y amado, el cine aquel de aquella
tarde,
nosotros mismos, de aquella tarde...
¡Nosotros mismos! ¿Lo comprendes?
Nos vamos a morir sin darnos cuenta,
sin haber existido, el mundo se va a ir, lo van a ahogar,
sin haberlo nosotros conocido, estrujado,
comprobado.
Y ahora te pregunto: ¿Cómo quieres que lo toque?
¿Con qué mano, con qué alma sólida, apretada?
(Ahora sí lo voy diciendo, me parece).
¿Comprendes? , debo encontrarme yo, saber en dónde soy,
golpearme contra tí, herirme, sentirme dónde reboto,
dónde tengo un ser duro, una mano, o un alma,
me da lo mismo el nombre.
Porque debo tenerla. Lo sospecho.
Desde hace tiempo lo sospecho.
Y tú, mi amiga de los ojos asustados...
Está bien, corrijo: mi amiga de los ojos comprensivos,
también debes tenerla.
Quiero que choquen, pues, que nos toquemos,
primero con las manos, el cuerpo, con la vida...,
toda la noche, a oscuras, buscándonos, buscándote,
porque con lo que te encuentre, aquello con lo que te toque,
eso seré yo.

Si es que te encuentro, claro, si es que existes.
Y tú debes existir. ¿Existes?
¡Tú debes existir! ¿Verdad? ¿Verdad que sí?
Perdona la impaciencia, acuéstate,
pronto, mi amor, pronto, el tiempo viene,
el tiempo arrastra,
necesitamos algo a qué atenernos,
algo a qué agarrarnos.
Porque ay de aquél que no pudo encontrar su alma
para agarrarse de ella
o para coger con ella alguna cosa.
¿Lo has comprendido?
Sí, lo has comprendido. Ahora comienzas
a desnudarte.
¡Amor, amiga, auxíliame,
yo tengo miedo!

4)

Me subo al pensamiento para no sufrir
y allí estás tú, acercándote,
creciendo a mí rápidamente, inmóvil,
cayendo inmensa a mí, cubriéndome,
muchacha de los ojos impasibles.

Bajo corriendo a la pasión para no pensar
y allí estás tú, esperándome,
creciendo a mí rápidamente, inmóvil,
y entonces abres los brazos y las piernas
y ya no tengo dónde huir, me alcanzas,
contigo por abajo, contigo por arriba,
a tí aplastado por tí.

Muchacha de los ojos ya cerrados,
es contra mí que te amo,
no te amo yo, es Dios mismo,
no te amo yo, me miro amándote,

un ello te ama y me atraviesa como un tubo
y suena en mí al pasar, me suena como un cuerno,
me hace gemir, pujar, soy instrumento,
puñal con que te clavan y te odian.

5)

El alma es una mano
compacta, fuerte, sólida, caliente.
¡Te estoy tocando el pecho con el alma!
¡Te estoy tocando el alma con la mano!

6)

Como si el cielo y la tierra estuvieran dándose la mano
para cerrar un pacto secretísimo
y tu cuerpo y mi cuerpo fuesen esas manos.

7)

Para tú recogerte, para estar
íntegramente aquí, cierras lo ojos,
y te llenas entonces, te endureces,
rodeada por tu piel que te aprisiona,
te recupera, aprieta, te ama, te lastima.

Abres los ojos y al instante huyes,
te escapas, sueñas, me abandonas,
y me miras de lejos con nostalgia.
Vemos los cuerpos nuestros que fornican
y luego nos miramos a los ojos
sonriéndonos de lejos, con tristeza.

Oh, amémonos sin ojos, sin espacio,
tocándonos, rodeándonos, buscándonos,
sitiándonos el alma,
como dos ciegos restregándose la vida
llenos de cuerpo y de ser duro. ¡Amor,

amada, existes! ¡Sí! ¡Lo sospechaba!
¡Existo! ¡Sí! ¡Lo presentía!
¡Y ahora lo sé, lo sabes! ¡Más, más duro!
¡Y aguanta, sufre, amor, nos vamos a morir!

8)

¿Lo sentiste? ¿Fue al mismo tiempo
tu orgasmo con el mío?
Fueron como tres golpes
fuertes, sordos, anegados,
que dio el alma al rebotar
contra la realidad.
¡Caímos de tan alto! Ahora
hemos tocado fondo
y estamos, ya tranquilos, boca arriba.

Alto, muy alto, altísimo,
el tiempo pasa encima de nosotros.
Apenas si se le oye, como un río,
o como un mar, inútil, rencoroso.
Y debajo de él, nosotros, libres ya
de su gran embestida.
Ya nada puede hacer contra nosotros.
¿Lo oyes? ¿Lo oyes cómo brama?
Nos busca. O no, a lo mejor
es que siempre suena así.
¿Y eso? ¿Oíste eso?
Fue un tranvía, parece.

Y así nos encontrara, ¿qué podría
quitarnos? Ya no hay pasión aquí,
nada que dure o pase.
Aquí no pasa nada,
nada se espera aquí.
El puro haber llegado
sin dónde ir ni ganas.

La gran tranquilidad
libre ya de las olas y las horas,
los días y los vientos,
los ruidos, la vida, el dinero,
la lluvia, la gente, los tranvías...,
libres, seguros,
descansando en el fondo, hundidos,
somos como un ancla de esos seres
mezquinos, frívolos, nerviosos, que mañana seremos
flotando a la deriva sobre el tiempo.
Somos como un ancla de esos seres
que mañana seremos, allá arriba,
con los que nos une una cuerda,
no nervio, he dicho cuerda, he dicho
tradición muerta, costumbre
o cosa que nos dicen, y cuando más, recuerdo.
Así nos recordaremos, como un ancla.
Viviremos más seguros
de como hasta hoy hemos vivido.
Bastará que tiremos de la cuerda
o de la tradición o del recuerdo
y sintamos este peso dulce, terco, que ahora somos
para saber que hay un sitio en que existimos
y que alguien nos avala.

Palpa a tu alrededor. No hay nadie más, ¿verdad?
¿Oyes? No. No hay nadie más.
No lo parece. Aunque es oscuro
sabría si hay alguien más,
pero no le hay, estamos solos.
¿Ves? ¿Qué te decía? Dios no existe.
A menos que... Sólo que... ¡Carajo!
¡La dicha, amor, me acaba de golpear
por lo bajo del alma
y ahora me sube a la sonrisa, mira!

Pero tampoco hay nadie más, y eso es extraño.

¿Es que tú y yo
somos los dos únicos seres en el mundo?

Escucha, ¿y será posible
que los que seremos mañana, allá arriba, en el tiempo,
nos halaran, nos rezaran,
bien para llamarnos en su auxilio
o simplemente para asegurarse de que existen?
¿No serán ellos, acaso,
estos tics nerviosos que ahora siento?
Porque mañana
pudo haber pasado hace mucho tiempo.
¿Lo comprendes?
A lo mejor cuando subamos
nos encontraremos con que el mundo ya no existe.
O a lo mejor ya hemos muerto.
A lo mejor. Sería interesante.
Pobrecitos. Me dan pena, ¿sabes?
Terminaré subiendo a acompañarlos.
Me conozco, y el pobre..., en fin,
se burlan de él, nadie lo quiere, lo timan,
lo llaman, deseos, gente, circunstancias,
lo solicitan, para robarle
de su pobrísimo ser, de sus centavos.
Lo llaman, sí, a todas horas,
aquí, allá, pide prestado, escóndete,
come, ráscate,
o abúrrete, o muérete, y así, a veces
se le marean los ojos o le duele el estómago.
Sin duda subiré.
Pero cuando amanezca. Por favor.

Por ahora
quiero tostarme echado boca arriba, desnudo,
al lento y suave y dulce oscuro sol
de paz, de libertad, de tibia dicha,
y abastecerme de existencia.

Esto es... No, no lo diré.
No podría decirlo. En todo caso, ser,
suave contento, país de piel,
en todo caso, beatitud, mar reposado
y hondo, eternidad en todo caso.
Silencio, escucha
cómo la piel te toca dulcemente,
convencida, pasado el estupor
de que te ha recuperado y eres tuya.
Y soy mío, sonrío, abro los brazos,
y mi sangre me busca y me encuentra en todas partes.

Oh, no eras tú a quien yo amaba, era esto,
era este impacto de verdad. Perdona.
Era esta paz y esta
seguridad, este descanso,
esta dicha vacía y por lo mismo libre,
y, por lo mismo, mía.
Era este saberme sólido, este saberme mano,
este saberme peso reposado, hondo,
invulnerable al tiempo
y a sus pequeñas muertes cotidianas.
¿Sabes qué voy a hacer con esta mano que yo soy?
Te lo diré, voy a tocar un árbol,
voy a tocar al viento, voy a tocar
todo lo que los hombres dicen y hacen,
todo lo voy a comprobar
mañana cuando suba.
Seré terrible, sí, seré dichoso.
¡Oh, qué contento estoy!
Pero... ¿Estás llorando?
¡Estás llorando?

Pobrecita.

Me amas. No has comprendido nada.

9)

Ahora amanece.

La luz, por fin, nos ha encontrado.
Tápate, estás desnuda.

¿Oyes? La gente.
Son la gente.
Seres despreciables.
Nos llaman.
Nosotros mismos nos llamamos.
Tú por tu nombre: la Fulana.
Yo por el mío: el Zutano.

Oh, gente despreciable, oh vida
maligna, odiosa.
Vístete ya, desayunemos,
orinemos.
¿Qué le vamos a hacer?

10)

Oh, gente despreciable
que un día ven llegar la muerte,
la grande, única, definitiva,
y se aprestan valientes, orgullosos,
se peinan, se arreglan la corbata...
Pero la ven pasar, con gran asombro,
no detenerse en ellos,
pues no es a ellos a quien busca,
sino algo más profundo y verdadero
que ellos ni siquiera sabían que tenían,
pero que entonces ven, ya en manos de la muerte,
y se mueren gritando, arrepentidos, solos.

Nosotros no, mujer,
nosotros estaremos dónde anoche,
allí veremos si nos puede.

11)

Tú, mujer, no lo niegues, eres Dios,
es inútil que me lo disimules,

anoche te lo ví, te lo apretaba,
tú eras Dios, y acaso sin saberlo.

Y yo también. Ya no te cabe duda.
Yo también existía. Yo también,
anoche, era Dios. Dios contra Dios,
¿recuerdas? No lo olvides.
Sobre todo a la hora de morirte,
no lo olvides. Tú no estás sola.
No estamos solos. Nos avalan.

Quizás también las cosas. No lo sé.
Quizás también a ellas podríamos tocarlas.
Por ejemplo, esta pluma, este día
y aun esta mirada, esta sonrisa triste.
Repito: No lo sé.

En fin, dejemos esto. Algo hemos aprendido.
Vámonos ya. Nos llaman.

POEMAS A ELLA
(1963)

HACE YA TANTO YO...

Hace ya tanto yo que no te veo
que si me viera ahora no podría
quizás reconocerte. ¿Dónde he estado?
¿Qué he hecho yo durante tantas cosas,
durante tanto yo, perdido y solo,
lejos de mí, viviéndome en secreto,
resentido quizás, seguramente odiándome,
y sin decirme nada?

He vuelto a mí, me oigo
respirar, callar, casi me rozo,
estoy a mis espaldas.
No puedo verme, pero tú lo ves.
Me miras y lo ves,
estás mirándolo, me ves,
y no me dices nada.
¿Cómo estoy?
Viejo, supongo. Feo.

Pregúntale qué quiere,
si ha vuelto sólo a verte
o si lo mandan a buscarme.
Pregúntale que a dónde.
No. No le preguntes eso.
No le preguntes nada.

Y tú, se me olvidaba,
¿cómo estás?
Te pareces a ti. ¿Quién eres?

PONTE AQUÍ...

Ponte aquí, frente a mí.
Eres el cebo.
Ahora sonríe.

Cuando yo venga, cuando pase
por mí, bésalo, cógelo,
que no se escape, quiero verlo.

Es una trampa que me pongo.
Calla. Calla. Ya le oigo.
Sonríe. Disimula.
Esta vez sí lo vamos a coger.

DETRAS DE TI...

Detrás de ti estás tú. Eso lo sé
porque te veo de lejos, tímida, escondiéndote,
cuando te doy un beso con los ojos cerrados.
Pero, ¿quién más existe? Por ejemplo,
detrás de esta piedra como un corazón duro,
testarudo, resentido,
detrás de esta piedra fría que levanto del suelo,
que pregunto, que beso...

Frío.

Nada.

Ni sombra de la piedra.

Luego, estamos solos.

Nos han dejado atrás, abandonados,
sobre este inmenso cascarón vacío.

Se han olvidado de destruirnos.

No. No te muevas, no vengas hacia mí,
no pises esta tierra, ni esta piedra,
que todo es falso, hueco, peligroso.

Agárrate fuerte de los huesos

y espera a que yo llegue para que caigamos juntos.

VOY A BUSCARTE DONDE TI...

Voy a buscarte donde ti y no estás,
te busco entonces sacudiéndote, besándote con rabia,
te digo cosas, te suelto mis palabras
como perros,
porque quiero una palabra que te muerda, que te ladre,
que te acose y te persiga a mí, una palabra cruel,
una palabra sucia, afilada, terminada en i como colmillo,
una feroz palabra hambrienta que te ha olfateado el alma,
para que te haga huir, venir corriendo a mí,
a esta soledad en donde se te aguarda
y donde tan dulcemente se te quiere, amada.

TU, FRENTE DE LA VIDA...

Tú, frente de la vida, amor mojado, tú,
yo, espalda de la muerte, sed, ceniza, sol,
cuando te toque yo se habrá cerrado,
nervio con nervio, un gran circuito eléctrico,
de manera que al fin podrán los ángeles
llamar a los infiernos por teléfono.

Vestida, tú, acortinada puerta de la vida,
desnudo brazo, yo, mortal puño cerrado.
Voy a tocarte a media noche, urgente,
hasta que chirrien gozne y hueso y te abras,
porque detrás de ti, huérfano aún,
llora bajo el umbral un niño expósito.

CUANDO ANTES DE DORMIR...

Cuando antes de dormir depositamos
a los pies de la tarde el mutuo afecto
con que en el día nos miramos, cuando
abandonamos en el tiempo los recuerdos
seguros de las próximas venturas,
te explicaré lo que con ello hacemos:

Que aquí en la vida se ama todavía
los muertos lo saben por nosotros.
Que la gente se mira y se sonrío
los muertos lo saben por nosotros.
Que el pan, la sopa, los zapatos nuevos,
los muertos lo saben por nosotros.
Que hay sol aún y hierba y cine y aire
los muertos lo saben por nosotros.

Los muertos
todas las noches salen a encontrar
los días que mandamos de regreso
y lo que en ellos va de nuestra vida,
lo que de ella olvidamos, lo que de ella nos sobra,
que a los muertos les sirve de alimento
con que se nutren para por lo menos
presentarse con cierto decoro
en la memoria de los vivos.

Es por nosotros que recuerda el mundo
y por otros iguales a nosotros.

Amame dulcemente, proveedora,
con generoso, alegre despilfarro,
con nuevo amor todos los días,
para ir dejando en las viajeras tardes
casi no usados besos,
casi no usado amor,
que algún día tú y yo
comeremos nuestro propio afecto.

ACUERDATE DE MI...

Acuérdate de mí cuando te acuestes.
Quiero habitar tu pensamiento entonces
para pararme rígido en su entrada
y guardarte tu sueño y tu reposo
libre de pesadillas y fantasmas.
Llámame sin temor al pensamiento
que yo saldré a rondar tu dulce frente
apagando tus últimos recuerdos
y a vigilar tu plácido abandono.
Si desde el sueño entonces se me cae
a tu mejilla una caricia, un beso,
lo espantarás, creyéndolo una mosca,
y seguirás durmiendo sin sentirme.
Toda la noche en vela, contemplándote
desde tu sueño, amor, que será mío,
estará más tranquilo y satisfecho
mi cariño sin límite y mis celos.
Oh, sueña, piensa en mí cuando te acuestes.

EL MOMENTO MAS GRAVE...

El momento más grave de mi vida
es cuando en la calle llueve y pareciera
que algo regresa arrepentido;
cuando llueve en la calle, cuando el tiempo
que antes se iba de prisa, se guarece
en nuestra habitación y nos vicia el aire de misterio;
cuando llueve, cuando oímos
caer ese sonido sobre la piel que entonces
sabemos es también la nuestra
y a tí te da un escalofrío
y yo sonrío porque sé que ahora
no te podrás ya ir hasta que escampe;
amada, cuando llueve y el tiempo se detiene
a esperar que escampe
y le hurgamos las horas, recordando,
para ver qué contrabando se llevaba,
y nos besamos largo, entrecortado, suave,
como si le chupásemos los huesitos a los minutos
y de pronto hay un minuto grave
que resulta que tenía ganas de llorar,
y llora,
y llora y se consuela en nuestro beso;
cuando a lo lejos cae un trueno y sonreímos
porque nos buscan pero no podrán hallarnos;
cuando te amo, cuando estás desnuda, cuando tienes frío,
cuando el pecho se nos moja de ternura,
cuando estamos solos, cuando suena el teléfono

y nos acucia el pánico de que nos hayan encontrado,
de que sea Dios, la muerte, el funcionario del orden,
pero no contestamos y quedamos serios
y llueve serio y fornicamos
como buenos hermanitos,
como muriéndonos o encontrándonos
o como despidiéndonos, golpeándonos,
dándonos aldabonazos...
Y me duermo después, y tú después,
y despierto a tu lado y ha escampado,
y me hundo, escondo entre tus brazos,
y tú, amantísima, sonrías
y te dejas amar...

AQUI, AHORA
(1963)

AQUI

1

Las nubes, sabias, decididas, lentas,
y el viento, menos sabio, más de prisa,
que a cada instante pierde su camino;
la luz, la sombra, el día, los sonidos,
los caminos, la luna, las ciudades,
aun la piedra más dura envejeciendo,
en fin, todo eso que llamamos tiempo,
pasa, se escapa, huye, fluye, corre perseguido.

Y aun hay más, hasta mi propio cuerpo,
mi sangre, mis deseos más profundos,
mis ganas, mi mirada,
mis pensamientos galopando por mi frente,
huyen también despavoridos, pasan,
y me dejan atrás abandonado.

Porque solamente yo no paso.
Sólo yo permanezco.
Sólo yo no tengo miedo de esperar,
eterno, duro, terco, enamorado.

Desde mi ventana todos los días veo anoecer.
 Desde mi lecho cada mañana veo irme, abandonarme,
 con una premura inexplicable, tras mezquinos deseos.
 Desde mi corazón todo se va, se enturbia, aleja y desaparece.
 Mi corazón también.

Si yo estuviera yéndome conmigo,
 si yo estuviera yéndome con el mundo,
 si estuviera también dentro del tiempo,
 no vería a las cosas alejarse de mí, decirme adiós, podrirse.
 Las vería siempre igual, a la misma distancia.
 Yo no sabría qué es el tiempo
 si yo estuviera en él,
 si yo me fuera con las cosas.
 Pero las veo irse, heme aquí llorando,
 heme aquí a cada instante recién dejado solo.
 Luego, yo no me voy. Yo soy eterno.

¿A quién espero yo? Se va mi mundo,
 todo lo que conozco,
 lo que he compadecido,
 lo que aprendí a querer.

¿Por qué, pues, me separan de mis cosas?
 ¿Por qué me dejan atrás?

¿Por qué hacen que se olviden de mí,
de quien un día pueden tener necesidad?

Detrás del tiempo, Dios.
Querrá informarse.
Pues bien, yo le diré.

Me han clavado aquí,
 en este aquí que llevo a todas partes
 como un anillo en el alma, como un puño
 que me aprieta el corazón, que me lo estruja, aquí,
 para que no huya en el tiempo,
 para que no pueda perderme o esconderme,
 para que me puedan encontrar.

Todo en mi derredor huye, se escapa, todas las cosas
 se montan en los días, se agarran a las horas,
 y abarrotado el tiempo se las lleva,
 se envejecen, se pierden,
 se hacen polvo, sombra, nada.
 Solamente yo no. Yo soy eterno.
 Yo estoy fuera del tiempo
 pero en medio del caos,
 me maltratan, me pisan, me contagian.

Pánico de las cosas. Pánico de mi corazón, mis ojos.
 Pánico de las cosas tirándose de cabeza
 en el primer hueco que encuentran.
 Vienen a mí corriendo, se tiran a mis ojos
 para esconderse en mi memoria
 y perderse después en el olvido.

¿Quién, quién viene galopando
 más de prisa que el tiempo?

¿Quién, quién viene, que huyen así las cosas,
aun la piedra más dura envejeciendo?

¿Quién, quién viene? ¿Es acaso la muerte?
No. También ella es un hueco, una salida,
una puerta de escape. Las cosas se suicidan.
Es algo más inmenso, más monstruoso.

¿Pero quién, quién viene?
¿Quién casi ya está aquí?

¡Dios, pronto, olvídate!

¿Cómo, José, también tú? ¿También tú
me vas a abandonar?
¿También tú, alma, me traicionas?
¿También tú te me mueres,
te me escapabas tras frívolos descos?
¿También tú envejeces,
te me escondes, te me alejas en el tiempo?

Entonces, ¿quién queda aquí?
¿De quién son estos ojos
que ven cómo te vas?
¿De quién son estas lágrimas?
¿Quién soy yo?
¿Quién está aquí?
¿Quién soy yo?
¡Socorro!

Me preguntaba ayer quién era yo,
de quién son estos ojos con que me veo ir.
En resumen, quién era yo cuando me siento así,
y estoy fumando, sin pensar, sonriendo,
cuando me veo ir
puesto que yo no me voy, me veo
el que fui ayer
más lejos cada vez y más pequeño.

Inmortal, desde luego,
pero tierno, nostálgico,
y sobre todo solo y sin consuelo,
sin posible consuelo.
Me falta hasta el dolor.

Y no soy yo. Acaso sea
el puro ser, acaso Dios,
acaso sea los ojos de la muerte.
Es eso, sí, yo no estoy vivo,
¡yo soy la muerte!

Soy como una frontera, como un límite,
sin actitud de guardia sin embargo,
al contrario, sonriéndome, fumando,
sin importarme mucho que se burlen de mí
todos los días.

Porque constantemente todos los que soy todos los días
se burlan de mí, me escamotean, me pasan,
persiguiendo intereses tontos o mezquinos.
Y aquellos otros demasiado oscuros o malvados
que yo, en verdad, no dejaría pasar
por un cierto rigor o por vergüenza,
con los que no podría ya disimular,
se pasan cuando duermo.

Toda mi vida es contrabando,
contrabando a medias consentido,
porque los veo ir, cantando, frívolos, silbando,
perderse, hundirse para siempre,
y yo los dejo ir para que aprendan.

7

Voy todas las mañanas a la vida,
y yo me quedo aquí, esperándome,
ansioso, con temor de que algún día
no vaya a regresar.

La muerte es eso: esperar
sin ver llegar a nadie.

8

Y, ¿qué haré yo cuando el último de mí se vaya? ,
¿cuando el último de mí venga a despedirse,
me dé la mano, me sonría en silencio,
y se vaya despacio? , ¿cuando allá, a lo lejos,
el último de mí,
se detenga un instante, inicie un gesto con la mano
pero se vuelva, rápido, y se pierda entre la niebla...?

La muerte es eso: soledad.

Me han puesto aquí, frente a este libro,
frente a este hermoso árbol, frente a estas cosas
todas ellas inmóviles, imbéciles,
como animales ciegos, desamparados, tristes.
Y me han dicho: “Tú no las ves moverse
porque se van contigo, porque te vas con ellas.
Debes amarlas, pues. Es todo lo que tienes”.

Las he amado, en efecto.
Las he compadecido.
Las he visto durante largo tiempo
pero disimuladamente, con amor, con prudencia.

Pero es mentira, era mentira,
yo no me voy con ellas,
porque, las de hace un año, ¿qué se hicieron?
Se fueron en silencio, sin avisarme,
sin decirme nada y sin llevarme.

Era una trampa, pues. Ahora lo sé. Estoy solo hasta
la angustia,
hasta el temor, hasta la indiferencia,
hasta la eternidad, inmóvil, sorda.
Ya no amo nada, no, ni a mi hija.

Para que yo las ame me engañan las cosas,
me hacen creer o bien que son eternas
o que me voy con ellas. Oh, criaturas,
¿es que creían que no las iba a amar
en viéndolas desnudas, pobres?
¡Oh, criaturas mías, dulces!

¿Que por qué son efímeras mis cosas,
 las que he tenido, aquellas cosas
 que un día amé y que he perdido para siempre?
 ¿Que por qué? ¿Y aun me atrevo a preguntarlo,
 yo, que no tuve reparo en abandonarme al tiempo,
 que no me quise acompañar?
 ¿Aun me atrevo a preguntar
 por qué no me abandonaron ellas,
 por qué se fueron conmigo, perdiéndose azuladas?
 Ellas que me han amado más que yo a mí mismo.

Quieren irse conmigo, pobres cosas,
 piensan que tal vez de muerto
 pueda tener necesidad de ellas.
 Pues sobre todo cuando me abandono
 es entonces que adquieren verdadero sentido
 y se gastan, se parten, se suicidan para poder acompañarme.

El juguete que perdí de niño
 para el niño que perdí de adulto.
 ¡Y qué precio, Dios mío, qué alto precio
 pagó para poder acompañarlo!

Adiós, criaturas de la vida, gracias.
 Salúdenme, díganme que por lo menos me recuerdo
 desde este campo, aquí, por donde me paseo,
 lejos de mí y de ustedes
 que por seguirme amantes, fieles y calladas
 me abandonan y conmueven.

Y aun el mundo que es tan grande,
tan hermoso y potente,
gira, se mueve, se gasta,
se va, anochece, muere,
para poder acompañar
lo que yo no me opongo que me quite el tiempo.

Ciertamente, podría
sentirme malo, traidor,
oportunista vil, etcétera.
Sin embargo, me quiero consolar pensando
que yo soy necesario aquí
para que por lo menos
ellos sepan, al verme inmóvil, desde más lejos cada vez,
que viven, que se mueven,
que caminan
o por si los atacan desde atrás.

Por otra parte, aunque quisiera
no los podría acompañar.
Estoy clavado aquí, lo he dicho ya.
¿Y yo qué voy a hacer si soy eterno?
¿Qué culpa tengo yo? ¿Qué quieren que haga?

¿Que soy traidor, oportunista, etcétera,
porque me quedo aquí, paseándome,
fumando, indiferente,
mientras que todo el mundo se suicida
por irse con esos que en el pasado he sido?

¡Pero si he dado todo lo que he sido!
¡Pero si con cada día que amanece
me tiro de cabeza al tiempo
persiguiendo cosas que en el fondo no me interesan mucho!
Y esto sabiendo de antemano que no voy a regresar.
Sabiéndolo con toda la conciencia.

¿Y les parece poco?
Yo, que sé demasiado
para engañarme, vivo aún,
me dejo ir todos los días a la vida
para que las cosas,
para que los otros que en el pasado he sido
se sientan más acompañados y no crean
que he muerto y que ellos ya
no tienen nadie aquí quien los recuerde.

¿Y les parece poco?
Déjenme en paz.
Doy todo lo que tengo.
Pero de mí, de éste que soy aquí,

el que ve, éste que fuma,
éste que toco, esto todo que me queda, yo,
nada puedo entregar
aun cuando lo quisiera.
Pero además, no quiero.
Déjenme en paz, no me molesten.

Yo estoy detrás de mí
conmoviéndome de mi alegría
y riéndome de mi dolor.

Por mí, que vivo fijo,
apretado, inmutable,
como una máscara vacía, como un punto
de referencia sólo,
sé que me muevo y vivo,
que me alegro o que lloro.

Cuando desde el dolor, la lágrima,
cuando desde la risa, desde la vida tonta,
no pueda verme, compararme, entonces
ya no sabré que vivo
ni que me muevo o nada,
y habré muerto y ni siquiera
sabré que estaré muerto.

Porque no soy sino esta máscara dura
apretándome el alma, este rostro
que fuma, indiferente, pálido,
este punto de vista inmóvil
fuera del tiempo y de la vida,
esta mirada sin parpadear y seca,
que no es invisible, que tiene peso
porque por ella pasan corriendo todos los que soy todos los días
y está llena por eso y sólo por eso
es, sólo por eso ve, sólo por eso existe,
y no por nada más.

Luego yo no soy nada, yo no existo.

Soy una pura mirada sin ojo, un puro ver
tranquilo, indiferente, fumando,
que existe sólo porque veo,
porque me veo ir, venir, vivir mezquinamente.

Cuando se vayan todos los que soy,
cuando no vea nada, seré sólo
una mirada en el vacío, vacía,
y no seré ya más.

Heme aquí, pues, dependiendo, colgando
de esos seres mezquinos que he sido
que soy y que seré.

Ellos son mi pretexto,
y no sólo para ser, también para esta dicha,
porque los veo, sí, los odio, pero también
me veo a mí de reojo, solapadamente,
me toco, me amo.

¿Pero y si yo, ojo que soy, me cerrara?
 No vería ya más, por supuesto.
 Y como soy un puro ver, no sería ya más.

Pero, y si yo, astro puro en el espacio,
 dejara de ser, ¿cómo sabrían los que soy todos los días,
 ya sin ninguna referencia inmóvil,
 que viven, que se mueven, que caminan?
 No lo sabrían, no, no sabrían que viven,
 es decir, no vivirían, serían vivos muertos,
 o muertos muertos, es lo mismo.

—Gentes que soy, criaturas, deténganse un instante,
 si es que pueden,
 y escúchenme,
 he aquí una advertencia:
 Acepto que lleven vidas mezquinas, frívolas,
 pero no más.
 Cierta rigor estético o social,
 o cierto creerme superior a los que soy, a ustedes,
 me hacen que sea inadmisibile la maldad muy grande.
 Lo advierto, pues. Lo advierto.
 Si cualquiera de ustedes quiere rebelarse,
 afirmarse de ese modo, superarme,
 dejaré de fumar, me cerraré.
 Después de todo, es lo que hace mucha gente,
 me parece.

Eso era todo. Sigán.

17

Por mí vivo, sin duda.
Es por mí que sé que vivo,
que se afirma mi vida, se contrasta,
y se siente pasar, sentir, y todo lo demás.
¿Quién soy yo, pues, si no mi muerte,
mi muerte eterna y solitaria
paseándose lentamente por el campo?

18

Puesto que en este instante estoy lejos de mí
y fuera de la vida,
sosteniéndola, sí, pero desde abajo y fuera,
viéndola, también, mas desde arriba, fuera,
incontaminado, ajeno a sus pobres intereses,
invulnerable a su muerte diaria,
¿Qué soy si no la vida pura, vida de dios indiferente,
hermoso,
paseándome lentamente por el campo
mientras el viento juega con mi pelo?

19

¡Oh, siempre será ahora y en todas partes es aquí!
¡Qué hermoso!

¡Oh muerte repugnante, oh ser cobarde,
cómo te ensañas con los que soy todos los días
que van tan inocentes a la vida...!
¡Cómo te los comes, me los pierdes de tal forma
que si no fuera por mí
ni el recuerdo de ellos quedaría!
Mátame, a mí, si puedes, muerte tonta,
conmigo, no con ellos, atrévete a medirme.

Se me preguntará, quizás,
cómo se reconocen todos los que soy
cuando se encuentran en la vida,
en los tranvías, en las calles,
entre tanta gente extraña, ¿cómo no se confunden? ,
¿cómo no se contradicen los unos a los otros? ,
¿cómo se continúan tan bien que hasta parece
que todos fueran uno sólo, el mismo,
el de ayer, el de hoy, el de mañana?
Y respondo: Por mí. Se ven mirándome a mí
para saber que viven, se ven viendo hacia acá,
y es esa referencia, es esa dirección
todo cuanto tienen de común, pero basta,
porque al mirarme a mí se cruzan sus miradas,
vuelven la vista atrás, curiosos,
a ver quién ve también lo que ellos,
y entonces se sonríen, se presentan, se hablan,
hacen pactos, se prometen favores,
se dan consejos, se despiden sonriendo.
Y yo también los miro y me sonrío.

Hoy he estado con un árbol,
 con una piedra, con mi hija
 y conmigo durante un cuarto de hora.
 Fue cuando salía a ver
 qué tal día iba a hacer hoy.

Se había atravesado una hora defectuosa
 de un diente roto, de un minuto cojo, de manera
 que no engranaba bien con la siguiente
 y se había dañado el tiempo, detenido.
 Todo estaba
 ahí
 en silencio, en paz, inmóvil, raro.

Salí, pues, afuera.
 Durante un cuarto de hora hemos hablado,
 nos hemos conocido a fondo
 árbol, piedra, mi hija y yo.
 Eramos como viajeros
 accidentalmente detenidos en un albergue,
 como viajeros que se acercan disimulando la tristeza
 profunda
 con sonrisas, con una charla banal
 y con fórmulas corteses de respeto,
 porque todos sabíamos que en el fondo
 también los otros eran tristes.
 Pero nos pusimos a jugar, la idea fue de mi hija,
 y nos olvidamos todos de la tristeza profunda.

Probé el peso de la piedra, la toqué
como tocan los ciegos, como se tocan los amantes en
lo oscuro;
toqué también a mi hija, toqué el árbol,
me acosté en la tierra, la toqué.
¡Sí, existían! ¡Todas las cosas existían,
estaban ahí, paradas, esperando que las tocara! ,
yo, que siempre sólo las había visto
mientras se iban en el tiempo.

Ah, dicha sin igual, ah, compañía
radical, felicidad de rey,
nuevo Midas, corriendo, jugando con mi hija a tirar
piedras,
a coger cosas, a descubrir el mundo.
Todo lo que toco se hace duro.
Todo lo que toco existe.
Abrazo a mi hija, me convenzo, todavía está ahí;
le doy con un palo al árbol, está ahí;
tiro la piedra al aire, me toco a mí,
vuelvo a tocar a mi hija, entro a casa corriendo,
abrazo a mi mujer. ¡Sí! ¡También! Ya lo sospechaba.
Salgo otra vez corriendo,
me detengo a encender un cigarrillo...,
ya está encendido, pero...
Pero escuchen, oigan
el ronroneo impávido, burócrata,
del motor del tiempo, ya funciona otra vez.

Se van. Yo ya me he ido,
ya no me encuentro por ninguna parte.
Sólo yo estoy aquí, buscándome,
sólo yo, como una mano vacía
que si se siente apenas es porque tiene un cigarrillo
entre los dedos.
Ahora comprendo que ellos sabían que yo me iba a
quedar,

que no habría sitio para mí. Sólo por mí disimulaban.
¡Qué buenos son, y qué dichosos,
ellos que se mueren juntos!

 Mi hija también se ha ido, ya no es la misma,
es otra, sí, tan amorosa como...,
pero ya no es la misma, es otra niña
recién llegada, sonriente, que quiere consolarme.
Déjame en paz, niña. Entra a casa.
Voy a buscar la piedra y ella tampoco es la misma,
por más que la miro ya no es la misma.
Ahora hay viento ya, caen las hojas de los árboles.
Seguramente este año hará un invierno frío.

23

Fumo, luego existo.
¡Oh, no te gastes tú, cigarrillo,
no me abandones también tú,
no te termines nunca, moriría!

24

¿Adónde van, criaturas de la vida?
¿Cómo no se regresa nadie
a decírmelo?

25

Pero también,
¿cómo sabría yo que soy inmóvil
si no los viera pasar? ,
¿cómo sabría yo que soy eterno
si no los viera morir todos los días?

Gracias, criaturas de la vida.
Perdónenme si hoy me olvido de ustedes.
Quiero no verlos hoy, quiero olvidarme
de esta pena de verlos alejarse, abandonarme.
Hoy quiero irme por ahí, al campo,
gozar, dormirme, consolarme en esta soledad de Dios,
auscultar el silencio inteligente, conocer
la paz, la nada limpia, la nada nada.

26

Ah, ¿qué estará pasando ahora en el mundo
sin mí? , ¿qué estará siendo de mí en el mundo
sin mí? , ¿dónde estaré?

Hoy no iré a verlos, hoy no me opondré
a su vivir, su paso, las turbulentas aguas que los llevan,
para que choquen contra mí, se sientan
y por lo menos sepan que se están muriendo.
Hoy quiero saber cómo era Dios
antes de la Creación, antes de nada.

27

En un principio fue el silencio, éste.

Nada.

Tengo un pie desnudo sobre el fuego
y el otro en una plancha helada.
Por éste sé que aquél se está quemando
y por aquél que es frío éste.
Una parte de mi alma está en el tiempo,
la otra parte aquí, en la eternidad,
y se lo deben todo mutuamente.

Luego yo necesito de esos seres mezquinos, frívolos,
que soy todos los días
para saber que soy eterno, frío.

Luego Dios necesita también de las criaturas,
porque si no, ¿cómo sabría que es Dios?
(Bien pudo ser por eso la Creación).

O quizás no lo sepa,
habría que decírselo.
Dios, míranos, tonto,
ámanos.

Regreso a mí, a verme,
 no sé si un poco triste o humillado
 o acaso alegre porque sé
 exactamente dónde soy dichoso.
 (Aquí, mirándome).

Vengo al dolor de verme ir todos los días
 para saber que yo me quedo,
 para esta dicha debajo del dolor o encima,
 para esta dicha solapada, oblicua.
 Siempre te veré, José, no te preocupes,
 estaré siempre mirándote
 desde esta eternidad que al verte siento.

Cuando el último de mí se pierda entre la niebla
 y yo no tenga ya a quién ver, por quién saber que soy
 eterno,
 por quién saber que estoy aquí, que veo, entonces
 yo también moriré, pero tranquilo, sin hacer ruido,
 como deja de ser una mirada que no tiene nada enfrente.
 Así, sencillamente.

Cerrar los ojos, o, mejor, tenerlos abiertos
 y no ver nada, eso es la muerte.

31

Si viera a Dios no moriría nunca
aun cuando no tuviera nada mío en la vida.

32

Si Dios quiere salvarme, darme un asa
en qué enganchar la mirada cuando todos los que soy se agoten
y no caer en el vacío, si Dios quiere salvarme,
El sabe dónde estoy.

33

Si yo viera a Dios
ya no vería a los que soy todos los días,
ya no tendría necesidad de ellos
para llenar esta mirada, para ser,
para saber que soy eterno, ni tampoco
desaparecería al perderme entre la niebla
el último de mí.
Viviría siempre.

Pero si yo no viera a los que soy,
si apartara de ellos mi mirada,
ellos tampoco me podrían ver,
no sabrían que viven, que se mueven,
y morirían, es lo mismo.

Porque quien ve el rostro de Dios, muere.
y sin embargo vive para siempre.

Y Dios no viene a mí
 para que no abandone yo a los que soy.
 Al parecer esas criaturas
 tienen derecho de saber
 que por lo menos mueren.

Quando ellos se terminen, cuando
 me abandonen ellos,
 quizás entonces.
 Para salvarme.

Ya no me importa perderme por la vida,
 no me importa morirme, no me importa nada.
 Siempre sabré que hubo un sitio, hubo un momento
 donde toqué fondo, donde
 Dios puede encontrarme cuando quiera, y eso
 dudo que nadie pueda nunca quitármelo.
 El día que me muera volveré hacia acá los ojos,
 porque seguiré aquí, tranquilo, paseándome por el campo,
 y desde aquí también me miraré,
 me daré ánimos, me sonreiré.
 Y yo también entonces sonreiré.

Pero, ¿y antes de que yo existiera,
antes de que viniera aquí, a pasearme por el campo,
antes de encontrarme, a quién miraba yo
para saber que era?

Me lo pregunto y no sé qué contestar.
Seguramente me miraba
cuando estaba viendo a don Pedro muerto,
o aquella vez que iba en autobús
y sentí, no sé por qué, una cosa rara,
o aquella vez cuando salí del cine,
o aquella vez momentos antes de acostarme,
o aquel domingo donde no tenía ni un amigo,
o aquella tarde cuando estaba sentado.

Siempre trozos de mí, medio inconscientes,
instantes, minutos cuanto más,
pequeños agujeros por donde
me veía.
Probablemente es eso lo que todo el mundo tiene.

Hoy, sin embargo, no, hoy tengo un hueco
de seis meses de ancho por donde puedo verme
paseándome por el campo, hoy puedo verme íntegro
con todo el ojo y toda la conciencia.
Hoy me he encontrado a mí despacio,
pero sin hacer aspavientos, apenas si sonriendo,

me he encontrado a mí despacio, advertido,
desde la cabeza hasta los pies, desnudo,
me he encontrado
sin esperarme, fumando, inexpresivo
y grande, inmenso, de manera
que ya no tendré necesidad de aquellos trozos
o pedazos de ser que antes me guiaban.
De ahora en adelante podré verme,
desde la vida donde estoy todos los días,
brillando como un astro de luz fija y sin párpados,
inmóvil, grande, eterno,
paseándome, fumando por el campo.

37

Es que desde hace más de seis meses vivo en Alpedrete
donde suelo pasearme por las tardes
cuando regreso de Madrid.
Pero esto, en realidad, no tiene importancia,
todo pudo suceder de igual manera
a la salida de un cine o al doblar la cabeza.

38

Sólo me tengo a mí,
sólo tengo este rato, este momento
y este cigarrillo y ya mañana
lo habré perdido todo cuando vuelva.

39

¡Oh, cuán efímera es la eternidad del alma!

40

—Voy a dejarme aquí, yo también
me voy a abandonar.
La vida me reclama.
Por ti, José, sabré que vivo.
No dejes nunca de mirarme.
Me voy. ¿Decías ayer
que querías saber cómo era aquello?
Pues bien, te escribiré.
Y tú no dejes nunca de mirarme.

—Voy a llevarme el cuerpo.
 Voy a llevarme el alma.
 Voy a dejarte solo.
 Así nadie te verá, José, por estos campos.
 Astro puro en el espacio, sensación amplia sin orillas,
 eres un instante rescatado al tiempo, eterno.
 Mírame siempre, dame fuerzas, perdóname
 cuando me veas llorar, reír, vivir mezquinamente.

Bueno, pues, José, adiós.
 Dichoso tú.
 Pórtate bien.
 Recuerda mi advertencia y
 publícame este libro
 para que lo lean todos los que soy
 y me conozcan y me encuentren.
 ¡Hombre, no, no llores, no seas tonto!
 Déjame los cigarrillos
 y vete ya, criatura.
 Puedo tener visita.

TRES LECCIONES EN VERSO
(1951)

y das frutos sabrosos, y das flores.
A mí el sudor y lágrimas de fuego
me llueven en la carne y en el alma
y crezco en uñas nada más, y crezco
en versos que no sirven para nada,
y en niños epilépticos y en pelos.
Aun derribado por el hacha o rayo
tú sigues siendo útil en invierno
cuando calientas el hogar del pobre.
Yo, sin embargo, ni después de muerto
seré otra cosa que un abono para
esa hierba que crece en cementerios
y que no se la comen ni las cabras
porque posiblemente sea veneno.
Antes que eso suceda imitaré
tu único amor por este suelo nuestro
que algo debe tener de bueno y dulce
para que el mar, en olas y de lejos,
venga en lengua a lamerlo, desdentado,
salpicando saliva, como un perro
sediento, amargo, y sin creer en Dios.
También yo me hartaré de su alimento;
probaré mi alma la comida cruda
que arranco de la tierra y doy al cuerpo;
no me alimentaré más de las nubes
ni de las esperanzas y los sueños
que tanto mal nos hacen a los hombres.
Quiero aprender a soportar mi peso
sin ningún otro apoyo que mis piernas;
olvidaré las cosas que no veo;
olvidaré el consejo de mi madre
y buscaré en la tierra mi sustento.
Así tal vez una esperanza crezca
de mis manos y de mis pensamientos
amiga de los pajaros, del hombre
y de la tierra, hasta del mismo cielo,

para recompensarme mis raíces
clavadas amorosas tierra adentro
y únicamente, como a tí, oh árbol,
que hoy me has dado un camino con tu ejemplo.

LECCION SOBRE LAS MANOS

Vengo desconsolado de la calle
y entro furioso en mí como en un túnel
a digerir las sombras que mis ojos
vieron y que mis párpados, iguales a
peludos labios, masticaron entre
lágrimas agrias salivales, y ahora
los blancos intestinos del cerebro
se me revuelven con gemido y cólico.
Pienso en el hombre y cómo últimamente
como un pequeño dictador sangriento
le ordena a sus dos manos que fabriquen
terribles bombas, armas infernales,
que escriban maldiciones y mentiras,
que le tapen la cara en la emboscada,
que roben, que asesinen, y que estrujen
el corazón hermano tembloroso
y dulce como ardilla pero débil.
He visto cómo el hombre ordena, obliga
a sus dos manos tal a dos esclavas;
cómo les da, para que estén contentas,
de vez en cuando un cuerpo femenino
y ellas, dos ciegas lenguas y dentadas,
gustan lamerlo a tientas y a mordiscos,
digo, a pellizcos, y con sed caliente,
porque es el único placer que tienen.
Para que estén contentas nuestras manos
no basta darles ese gusto efímero
o engalanar sus dedos con anillos.

Mira cómo se crisan y se arañan
al ver las injusticias y las guerras
que obras son de ellas mismas, que hemos hecho.

Mira las mías cómo se me esconden
en mis bolsillos, rojas de vergüenza.

Si ya no por bondad, por miedo entonces,
debemos procurar un noble oficio

en qué ocupar nuestras dos manos. Piensa
que un día pueden rebelarse, odiarte

por los sangrientos usos que les das.

Piensa que pueden conspirar un día,

no hacerte caso más, no obedecer

tus órdenes tan crueles y asesinas,

romper el nervio como rienda eléctrica

que tu deseo jala, empuja, ordena,

y no te oirán ya más ni cuando pidas

que te vistan el cuerpo o que te rasquen

o que te limpien en el excusado.

Les dirás que te roben un dinero

y te abofetearán en las mejillas;

les dirás que te pongan en la boca

el cigarrillo y quemarán tus ojos;

les dirás que se agarren del balcón

y ellas te empujarán al precipicio.

Piensa que un día pueden escribir

como en extraño idioma, fabricar

inventos superiores a ti mismo,

y entonces te verás desamparado,

rodeado de enemigos, indefenso:

tu corazón te expulsará del cuerpo

y te blasfemará tu propia voz,

te patearán tus pies y tus dos manos

te sacarán, igual que de un costal,

del cuerpo, esa república pequeña

que no supiste gobernar; serás

como el pequeño dictador la noche

de la revolución de los esclavos.

A esa hora de la noche en que se apagan
las luces del vecino y los deseos,
cuando el remordimiento se nos prende
como una insomne lámpara en la niebla,
haz inventario de tu vida y piensa
de nuevo en tus dos manos y otra vez
piensa que un día pueden darse cuenta
de su gran fuerza y de la débil tuya,
que pueden despertarse a media noche
sin espantar tu sueño, silenciosas,
y, como dos arañas, arrastrarse
hasta tu cuello para estrangularte.
Para que eso no pase, amor, hermano,
para que no suframos la vergüenza
de morirnos por nuestras propias manos,
por nuestras propias obras infernales,
y para que dejemos limpia huella
de nuestro breve paso por el cuerpo,
que hagan tractores estas manos dulces
y no fusiles, y que toquen pianos,
no instrumentos de sórdidos sonidos;
que sean pañuelos, no para la sangre,
sino para el sudor, y vasos de agua
y amor para el sediento del camino;
que levanten inválidos y casas
y párpados de plomo, y que nos bajen
la luz a nuestros ciegos corazones;
que escriban cartas fraternales, versos
dulces y sobre nuevas medicinas
y costumbres de pájaros extraños;
que saluden de lejos; que dibujen
corazoncitos, iniciales, fechas,
en la corteza hermosa de los árboles;
que cojan de la fruta y a otras manos,
y otras manos aún, todas las manos,
que así las nuestras vivirán felices
y nos abrazarán y harán caricias

aplaudiendo de júbilo, infantiles,
y nos ayudarán en las labores
ya como dos hermanas y no siervas:
podrán cegar más trigo y empujar
con más fuerza los remos y el arado,
podrán tejer para las viejas aunque
éstas se hayan dormido de repente,
podremos ir, como con un amigo,
de mano con el cuerpo y nuestras manos
a hacer un mundo que imagino y sea
odio, rabia y envidia de los muertos.

LA ESTRELLA DE LA TARDE
(1950)

LLUEVE EN MI CORAZON

 Llueve en mi corazón lágrimas duras
como en una ciudad deshabitada,
en la que entre la sombra reposada
sin paz me ronda tu recuerdo a oscuras:

 por mis venas amargamente impuras
camina tu recuerdo hacia la nada:
y oigo mi pulso igual a su pisada:
en algo hueco, como sepulturas.

 Procuro otros recuerdos de qué asirme
sobre este mar de luz, de esta razón,
donde entre pulso y tiempo y olas peno;

 mas has de irte al fin, y he de morirme,
y he de caerme ahogado al corazón
que está de sombras y de ausencia lleno.

- ¡Yo nunca tuve esa expresión tan vil!
- ¡Es necesario que lo sepa ella!
- ¡Que no traicione su memoria limpia con el falso impostor de mis deseos!
- ¡Es preciso gritarle y que me escuche!
- ¡¡Que no soy yo! !

- ¡Oh, cómo urge sacudirse loco a la noche que invade igual que animalitos!
- ¡Esto no puede suceder bajo su amparo!
- ¡La violará el canalla de seguro...!

Pero ella está muy lejos.

A causa de mis gritos, de mi aliento o la noche,
(también quizás por una lágrima),
mi alto espejo se empieza ya a enturbiar,
y es en vano gritarle, y es en vano
porque un rumor de máquinas nocturnas
muy semejante al ruido del sistema del cuerpo
ahogan mi mensaje por el cielo,
por esa noche que ya viene, y que en lo oscuro
es igual a la noche del ayer.
Entonces, y de golpe, es que comprendo
que el tal espejo son los ojos míos
igual que un cielo desde adentro visto
como desde mi nuca mis dos ojos,
que la brisa es mi aliento,
las estrellas recuerdos,
la luna, como un ojo, mi conciencia,
y las nubes parecen ser mi pardo cerebro.

–Oh atardecer que marchas al olvido
lentamente arrastrándote,
pues mala gente sueña y muere en forma de cuchillos,
por lo que te ha cortado el viento tus veinte y cuatro alas
con las cuales te ví

llegar volando alegre en la mañana...,
atardecer que marchas al olvido
de los días pasados de mi infancia,
en él consuélame a la niña bien amada,
violada, golpeada y maltratada
por un intruso vil, por un deseo;
consuélala del llanto
y dale mis saludos.

¡Ay! , en mi corazón debe haber una playa
en donde desemboquen mis venas y sentidos,
en donde mueran olas que siento como pulsos;
y siento como vértigos
en las resacas de este mar de sangre.

Todo adentro era noche de recuerdos.
Todo afuera era noche, y en el cielo
brillaban miles de recuerdos viejos;
pues solamente aquél que fué el primero,
aquél, el turbio, el que creía puro,
se fué
como el recuerdo de un recuerdo.

INDICE

A LISI	7
EN EL NOMBRE DE TODOS (1976)	9
ONE WAY (1967)	37
AMANECER DE ULISES (1967)	59
POEMAS A MI (1966)	65
AMOR NO A TI, CONTIGO (1965)	89
INVITACION AL COITO (1964)	105
POEMAS A ELLA (1963)	117
AQUI, AHORA (1963)	129
TRES LECCIONES EN VERSO (1951)	165
LA ESTRELLA DE LA TARDE (1950)	175

Este libro se imprimió en el
mes de octubre de 1979 en los
talleres de EDITORIAL TEXTO
LTDA. San José, Costa Rica.

Un amplio acopio de la producción poética de José de Jesús Martínez, en un aniversario no por estético menos vital y pleno de un intenso amor por la existencia y por los bienes de la existencia.

MEDIO SIGLO DE JOSE DE JESUS MARTINEZ recoge aquellos poemas que Chuchú ha ido extrayendo de las cosas, los seres y el universo, en una rabiosa contemplación que jamás descansa y que sorprende por el tono reciamente viril de la voz que los expresa.